

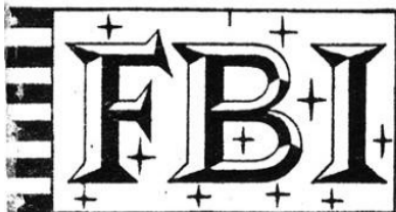
FBI



EL CUARTO HOMBRE

**HENRY
KEYSTONE**





LIBROCAJON
C/VALLEHERMOSO 28 DERECHA
LIBROS NUEVOS Y USADOS
CAMBIO - COMPRA - VENTA NOVELAS
CRUCIGRAMAS - PASATIEMPOS
Tel.: 91 445 37 57

© Henry Keystone

Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)

Printed in Spain

D. L. M. 21.279-73
ISBN 84-04-01708-5

GRÁFICAS LORMO - Isabel Méndez, 15 - Madrid - 18

CAPÍTULO I

EL sol quemaba.

Las pistas del aeropuerto Bernardo Mendoza estaban desiertas y el silencio era casi completo.

Casi, porque millones de moscas producían un zumbido constante y adormecedor.

En una de las pistas laterales, un potente birreactor particular parecía un enorme pájaro de alas metálicas, cansado e incapaz de emprender el vuelo.

Un pájaro adormilado y abatido por el intenso calor del trópico.

Pero el birreactor era un aparato de gran potencia, capaz de transportar a quince viajeros, dos tripulantes y una gran cantidad de carga.

En el fuselaje llevaba pintadas unas palabras, cuyas letras no eran demasiado grandes.

«CONSORCIO PETROLÍFERO DEL NOROESTE».

Al lado del birreactor se encontraban dos hombres; el piloto y el copiloto.

El primero encendió un cigarrillo mientras el segundo lanzaba una mirada a su reloj de pulsera.

—Las doce y dos minutos —dijo después de espantar las moscas que se posaban en su sudorosa frente.

—Y un calor húmedo, pegajoso y que puede volver loco a cualquiera —gruñó el piloto.

—Se están retrasando demasiado —dijo el copiloto, mirando hacia el otro extremo del aeropuerto.

Éste no era muy grande y había poco movimiento de aviones, porque pertenecía a un país pequeño, sin demasiados atractivos

para el turismo y donde había pocas fuentes de ingresos.

La agricultura, el café, el cacao... y desde hacía un año, el petróleo.

Un gran campo petrolífero que se extendía al noroeste de aquella pequeña nación de la costa del Pacífico.

—Los hombres importantes nunca tienen prisa... ni para ganar dinero —comentó el piloto.

Era un individuo alto, delgado, ligeramente cargado de hombros, de rostro huesudo, cabellos casi rojos, ojos claros y piel sonrosada y sensible al sol.

Aquel individuo se llamaba Lefty Anderson y había nacido en un país del norte de Europa.

Para él, el sol resultaba un tormento.

—Tampoco tendrán prisa para morir —sentenció el copiloto.

Éste decía llamarse Les Lang y había nacido en algún lugar de los Estados Unidos de América del Norte, pero nunca daba demasiadas explicaciones sobre el lugar de su nacimiento.

En realidad, Lang no hablaba nunca de sí mismo.

—Nadie tiene prisa en morir, Lang, ni los pobres —dijo Anderson expeliendo el humo por la nariz.

Permanecía pegado al birreactor, buscando la escasa sombra que éste proyectaba.

—¿Está todo listo? —Preguntó Lang.

—Sí.

—¿Dónde tomaremos tierra?

—En Arizona.

—¡Hum! —Gruñó Lang.

—¿Qué quiere decir tu «hum»? —preguntó Anderson.

—Arizona es un maldito lugar para aterrizar.

—Lo sé, pero el hombre de Dallas lo arregló todo. Parece ser que durante la guerra y me refiero a la Segunda Guerra Mundial, hubo en Arizona muchos campos de entrenamiento y nosotros tomaremos tierra en uno de ellos.

—Te recuerdo que cuando la guerra, no existían aparatos a reacción y que las pistas, además de estar abandonadas, no reunirán las condiciones necesarias para que un birreactor como el nuestro pueda tomar tierra en condiciones de total seguridad.

—Siempre hay que correr riesgos, Lang —comentó.

—No me gustaría estrellarme en una tierra tan salvaje como la de Arizona.

—No te estrellarás, porque el campo donde tomaremos tierra, fue usado por los bombarderos

B-24

Liberator.

—Espero que la pista no esté agrietada.

—Todo saldrá bien.

—¿Todo?

—Todo... porque el hombre de Dallas sabe lo que está en juego.

—¿Tienes las armas listas?

—Listas, cargadas y cerca de nuestras manos.

—Hay algo en el asunto que no termina de gustarme.

—¿Qué es?

—No lo sé... quizás sea todo demasiado complicado.

—Lo parece ahora, pero después de haber dado el primer paso, el segundo será más fácil... y después los otros, hasta alcanzar el dinero.

—¡Hum! —Gruñó Lang.

Anderson volvió a expeler el humo por la nariz, sonrió burlonamente y dijo.

—Lo que te pasa, Lang, es que te asusta tanto dinero.

—Es posible... treinta millones de dólares es algo que no llego a creer.

—Son más millones, Lang. No olvides que se trata de la venta de un campo petrolífero.

Lang sudaba... y no era a causa del intenso calor.

—Tenemos en nuestras manos el golpe más importante de la historia —añadió Anderson, que continuaba fumando y huyendo del sol abrasador.

Lang se secó el rostro y la nuca con un pañuelo y después indicó el otro extremo del aeropuerto, diciendo.

—Se acerca un automóvil.

—Bien —contestó solamente Anderson, dejando caer el cigarrillo.

Lo aplastó con la punta de su zapato y se apartó del birreactor, entornando los ojos para resistir mejor la intensa luz del sol.

Ahogó una maldición y del bolsillo superior de su chaqueta sacó

unas gafas ahumadas.

Se las puso sin dejar de maldecir contra el sol, el calor y las moscas, mientras el automóvil se acercaba a una velocidad endiablada.

Les Lang no se movió, pero sus ojos seguían los movimientos de Anderson.

A pesar de que Lang era un tipo duro, que conocía el interior de muchas cárceles y que había sido condenado en muchas ocasiones, desde seis meses y un día hasta doce años, sentía escalofríos cada vez que contemplaba a Anderson.

Porque éste era un individuo que parecía que no tenía nervios, que carecía de corazón y que poseía una sangre fría terrible.

Era un asesino nato.

Hay hombres que nacen llevando dentro de ellos la esencia de un arte y que con el transcurso de los años, llegan a ser grandes artistas.

Y Anderson había nacido llevando la esencia pura del asesino dentro de él.

De Lefty Anderson no se podía decir nada agradable... porque no tenía ninguna virtud.

—Son ellos —dijo cuándo reconoció el automóvil.

—¿Tienes el plano de Arizona? —preguntó Lang.

—Todo está preparado, Lang y no debes preocuparte de nada —aseguró Anderson.

El automóvil era un potente «Lincoln» de color granate, conducido por un chofer uniformado.

Este codujo el «Lincoln» hasta el birreactor y aplicó los frenos con brusquedad.

El «Lincoln» se detuvo entre chirridos de neumáticos sobre el cemento ardiente.

Anderson se acercó al automóvil y saludó al primer hombre que descendió de él.

—Buenos días, míster Meyer.

—¿Todo preparado, Anderson? —preguntó Meyer.

—Todo listo.

—No perdamos más tiempo —dijo Meyer, haciendo una seña al uniformado conductor del «Lincoln».

Cuatro hombres más habían descendido del potente automóvil y

permanecían en pie al lado del mismo.

El conductor abrió el portamaletas y empezó a sacar el equipaje de los cinco hombres.

Meyer y sus cuatro acompañantes parecían los miembros de un ejército... o los componentes de un conjunto musical.

Todos vestían igual.

Trajes blancos de hilo, camisas azules, zapatos blancos y cada uno de ellos sujetaba una cartera de mano.

Los cinco usaban gafas de sol y la única diferencia que existía entre ellos, eran las corbatas.

Y el peso de sus cuerpos.

Anderson hizo una seña a Lang y éste se apresuró a colocar las maletas de los cinco hombres en el departamento de equipajes del birreactor.

—Puedes marcharte —ordenó Meyer al conductor del «Lincoln».

—Buen viaje, señor —contestó el conductor, llevándose la mano derecha a la visera de su gorra.

El «Lincoln» se puso en marcha entre protestas de neumáticos y se alejó con rapidez.

—Vamos —dijo Meyer a sus acompañantes.

Cordell Meyer era un hombre alto, cetrino, de cabellos negros, labios finos y pómulos altos.

Sus ojos eran grises, duros y casi inexpresivos.

Parecía que por sus venas corría sangre mestiza, aunque él aseguraba que había nacido en Baltimore.

Los cinco hombres se acomodaron en los asientos del birreactor y Lang cerró la puerta de acceso.

—Despegaremos dentro de unos minutos —dijo el copiloto.

Tomó asiento al lado de Anderson, diciendo.

—Todo en orden.

—¿Se han colocado los cinturones?

—Lo están haciendo ahora.

—Voy a establecer contacto con la torre de control.

Anderson recibió por radio la autorización para abandonar la pista lateral y dirigirse hacia la de despegue.

—Echa una mirada a nuestros pasajeros —ordenó Anderson, mientras el birreactor rodaba sobre la ardiente pista lateral.

Lang obedeció y abriendo la puerta de comunicación dijo a los

cinco pasajeros.

—Abróchense los cinturones, vamos a despegar inmediatamente.

El birreactor penetró en la pista de despegue y cuando Anderson lo colocó en el eje central de la pista, aumentó la velocidad.

Alcanzó la velocidad mínima de sostén y empujó hacia atrás la palanca de mando.

El aparato fue ascendiendo con aceleración creciente, hasta alcanzar la altura conveniente y Anderson empujó la palanca de mando hacia la izquierda.

El birreactor inició el viraje y poco después Anderson colocó la palanca en el centro, diciendo.

—Todo perfecto... puedes decirles a nuestros ilustres y millonarios pasajeros que se quiten los cinturones de seguridad y que volamos hacia el norte.

Lang abandonó su asiento y abrió nuevamente la puerta de comunicación, diciendo a los pasajeros que podían desprenderse de los cinturones.

—¿Volaremos directamente hasta Dallas? —preguntó uno de los viajeros.

—No, señor. Tendremos que tomar tierra en el aeropuerto de San José, Costa Rica y más tarde en Ciudad de Méjico —contestó el copiloto.

—Gracias.

Cuando Lang regresó a su sitio y cerró la puerta de comunicación, Meyer abrió su cartera de mano, diciendo.

—Es mejor que comprobemos nuestros documentos una vez más, un error puede dificultar el negocio.

—Todo está en orden, Meyer —aseguró uno de los hombres.

—Hay que comprobarlo —insistió Meyer—... vamos a vender un campo petrolífero de grandes proporciones y con un rendimiento muy alto.

—Meyer tiene... razón —comentó otro de los viajeros.

Los cinco hombres se dedicaron a examinar cada uno de los muchos documentos que contenían las carteras de mano.

Por último, Meyer se dio por satisfecho y extendiendo las piernas, dijo:

—Todo saldrá bien.

—¿Nos entregarán treinta millones de dólares en efectivo? —

preguntó uno de sus compañeros de vuelo.

—Sí... y el resto en un talón, pero además, deben entregarnos las acciones de la nueva compañía petrolífera —contestó Meyer.

—¿Todas? —preguntó burlonamente otro de los acompañantes de Meyer.

—Eres un bromista, Tyler —contestó Meyer...— Tú sabes que solamente nos entregarán un determinado número.

—¿Qué pasará después? —preguntó otro de los hombres.

—¿A qué te refieres? —preguntó Meyer a su vez.

—Somos el consejo de administración del Consorcio Petrolífero del Noroeste, pero hay otros accionistas... y el gobierno de este país.

—Todo está calculado. Tenemos el permiso del gobierno y como administradores del Consorcio, vamos a hacer lo más indicado en beneficio de los accionistas —contestó Meyer.

—Espero que todo salga como tú piensas —dijo otro de los hombres del Consorcio.

Mientras los cinco hombres continuaban hablando sobre la venta del campo petrolífero, Anderson conectó el piloto automático y encendiendo un cigarrillo, miró a Lang y preguntó.

—¿Qué hacen nuestros viajeros?

—Hablan.

—De dinero, como es lógico... ahora debes echar una mirada a los mapas de Arizona.

—De acuerdo.

El birreactor continuó volando hacia el norte con toda normalidad.

San José de Puerto Rico y Ciudad Méjico habían quedado muy atrás y el birreactor del Consorcio Petrolífero del Noroeste volaba sobre las tierras de Arizona.

Lefty Anderson consultó el mapa, que Lang mantenía extendido ante él y movió la cabeza afirmativamente, diciendo.

—Se acerca el momento de dar un buen susto a nuestros cinco hombres.

—Están muy tranquilos —contestó Lang.

—Es lógico, si piensas que van a recibir treinta millones de dólares en efectivo, cheques por valor de otros doscientos y varios paquetes de acciones de una nueva compañía petrolífera.

—¿Por qué diablos quieren vender el campo petrolífero? —preguntó Lang.

—Problemas de tipo político... —contestó Anderson reduciendo la velocidad del aparato—, verás, Lang, creo que algunos de los hombres que transportamos no están de acuerdo con el actual gobierno de la nación y como uno de ellos pertenece al gobierno, cuando la noticia de la venta del campo petrolífero se extienda, se producirá una revolución...

—Y nuestros pasajeros, además de quedarse con todos los millones del campo, supongo que tendrán una importante parte en esa revolución.

—Solamente uno de ellos... los otros cuatro serán sacrificados —dijo Anderson.

—¿Quién es?

—Te lo diré en el momento oportuno.

—De acuerdo.

Anderson inclinó bruscamente la proa del aparato y éste inició el picado.

—Esto les hará pensar... y sudar —dijo alegremente el piloto.

Y estaba en lo cierto, porque los cinco pasajeros se aferraron a sus asientos y dos de ellos gritaron de terror.

Anderson mantuvo el picado durante bastante tiempo y después con gran brusquedad, enderezó el birreactor pero lo ladeó a derecha e izquierda varias veces.

—Echa una mirada nuestros clientes y diles que tendremos que realizar un aterrizaje forzoso... lo que no les causará ninguna alegría —dijo el piloto.

Lang se puso en pie y abrió la puerta de comunicación. No pudo contener una sonrisa al ver las caras de los cinco hombres.

—Tenemos dificultades con el aparato, caballeros y tendremos que aterrizar.

—¿Dónde? —preguntó uno de los miembros del Consorcio Petrolífero del Noroeste.

—Donde podamos, caballeros. Es mejor que se pongan los cinturones de seguridad y que se inclinen hacia adelante, colocando la cabeza entre las rodillas —contestó Lang.

El aparato dio una serie de bandazos terribles y después volvió a inclinar la proa y se precipitó contra el suelo.

—¡Rápido... los cinturones y la cabeza entre las rodillas! —ordenó Lang.

Cerró la puerta de comunicación y tomó asiento al lado de Anderson, diciendo.

—Todos tienen un hermoso color verde.

—Allí está el viejo campo de entrenamiento —contestó Anderson.

Mantuvo el aparato en picado hasta una altura prudente y después lo enderezó.

—¿Vamos a echar una mirada antes de tomar tierra? —preguntó Lang.

—Sí.

El birreactor pasó por encima de las construcciones del viejo campo de entrenamiento, volando muy bajo y a poca velocidad.

—Todo en orden, Lang... podemos tomar tierra —dijo Anderson.

—¿Por qué? —preguntó el copiloto.

—Hay una banderola azul sobre uno de los cobertizos... ¿Puedes verla?

—Sí.

—Bien... hay que tomar tierra y detener el aparato cerca del cobertizo que tiene la banderola.

—¿Por qué?

—Porque allí está el hombre que nos espera... aunque creo que estará acompañado.

Les Lang decidió no hacer más preguntas.

Anderson movió la palanca y el birreactor trazó un amplio arco colocándose nuevamente en el extremo de la pista.

Con toda calma el piloto hizo un aterrizaje perfecto y logró detener el aparato a unas quince yardas del cobertizo que lucía la banderola azul.

—Abre la portezuela, Lang y que desciendan nuestros pasajeros —dijo Anderson.

Lang se puso en pie y después de abrir la puerta de comunicación, dijo:

—Hemos tomado tierra sin novedad, caballeros. Pueden quitarse los cinturones y descender, hasta que logremos reparar las pequeñas averías.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó uno de los hombres del

Consorcio.

—En un viejo campo de entrenamiento, en Arizona —contestó Lang, abriendo la puerta para que los cinco hombres pudiesen descender.

—Creo que después de la tensión de nervios que he tenido que soportar, un corto paseo me servirá de calmante —comentó otro de los hombres del Consorcio.

—Hace un calor infernal —gruñó otro de los viajeros.

Cordell Mayer esbozó una sonrisa y mientras Lang colocaba la escalerilla para que los hombres pudiesen descender, dijo:

—Supongo que en el infierno debe hacer más calor que en Arizona... y allí, el calor es para toda la eternidad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el más alto de los miembros del Consorcio.

—Que hemos estado muy cerca del infierno amigo —contestó Meyer, abandonando el interior del birreactor.

Los cinco hombres se miraron satisfechos cuando pisaron el piso de cemento.

Cordell Meyer había dicho la verdad al decir que habían estado muy cerca del infierno... y para los cinco, resultaba un verdadero placer sentir el ardiente cemento de la pista bajo sus elegantes y caros zapatos.

—En el interior del cobertizo estarán Vds., más frescos, caballeros —dijo Anderson, que había abandonado la cabina del aparato.

—Es una buena idea —contestó Meyer.

—¿Pueden servirnos unas cervezas frescas? —preguntó el más alto de los hombres.

—Sí, señor... yo mismo se las serviré —contestó el piloto.

Los cinco individuos, que no habían abandonado sus carteras de mano, se dirigieron hacia el cobertizo en cuyo techo ondeaba la banderola azul.

Como la puerta estaba abierta, no tuvieron dificultades para entrar.

—Ha llegado la hora... yo les serviré las cervezas, pero tú te quedarás aquí, listo para cazar algún conejo, si es que alguno logra escapar de la trampa —ordenó Anderson, cogiendo una pistola ametralladora que hasta aquel momento había permanecido oculta

en la cabina del aparato.

—Bien —contestó Lang.

Cogió otra pistola ametralladora de gran calibre y se apoyó en una de las alas del birreactor, mientras Anderson se dirigía hacia el cobertizo.

El piloto andaba sin prisas y las suelas de goma de sus zapatos producían un sordo chirrido al posarse sobre el ardiente cemento de la vieja pista de entrenamiento.

Lang vio cómo su cómplice penetraba en el cobertizo... y casi en el acto, una larga ráfaga de la pistola ametralladora hizo estremecer al copiloto.

Los disparos cesaron y después de unos segundos, se produjo la segunda ráfaga.

Y después el silencio.

La cabeza de Anderson apareció en la puerta del cobertizo y el piloto sonrió satisfecho.

—No hay complicaciones, Lang... puedes guardar tu arma —dijo Anderson.

Lang asintió con la cabeza y volvió a esconder la pistola ametralladora en la cabina.

Cinco minutos después de la segunda ráfaga, cinco hombres vestidos con trajes blancos, camisas azules, zapatos blancos y llevando cada uno de ellos una cartera de mano, salieron del cobertizo y se dirigieron hacia el birreactor.

Anderson salió en último lugar... y una brillante sonrisa de victoria apareció en sus labios.

Los cinco hombres, sin pronunciar ni una sola palabra, subieron al aparato y se acomodaron en los asientos.

—Vamos —ordenó Anderson.

Poco después, el birreactor del Consorcio Petrolífero del Noroeste, volaba hacia Dallas.

CAPÍTULO II

EL despacho del inspector Abel Kingman era un lugar fresco y agradable, a causa del aire acondicionado.

El inspector Kingman, jefe de la División del F.B.I., en Dallas, estado de Texas, era un hombre que parecía descendiente directo de los apaches jicarillas.

Era alto, delgado, huesudo, de piel muy morena y curtida por el sol, de ojos y cabellos negros, que a pesar de sus cincuenta y tantos años continuaban negros y sin una sola cana.

—Los informes del laboratorio, Kreis —dijo el inspector mirando al hombre que estaba al otro lado de la ancha mesa, sentado en una silla.

Su nombre era Iram Kreis y era uno de los agentes especiales del F.B.I., de Dallas.

Si el inspector parecía un apache, el agente especial tenía todo el aspecto de un vikingo.

Era alto, fuerte, de cabellos casi rojizos, ojos grises y corpulento.

En su bien entrenado cuerpo no existía ni una sola onza de grasa.

Iram Kreis tenía treinta y siete años y estaba considerado como uno de los hombres más inteligentes y eficaces del F.B.I., e incluso se decía que no tardaría mucho en ascender.

—Los he examinado, inspector y por lo que se dice en ellos, nuestro hombre es inocente —contestó Iram.

—Sí... y puedes decirlo.

—¿Qué es lo que puedo decir? —preguntó Iram, adoptando un aire distraído.

—Que tú ya habías asegurado que nuestro hombre era inocente y que para ello, no eran necesarios los malditos análisis del

laboratorio...

—No pienso decir nada... porque ya lo dije todo en su momento.

—Eres muy razonable.

—Ahora, sabiendo que nuestro hombre es inocente, hay que dejarlo en libertad... y esperemos que él sea tan razonable como yo

—dijo Iram Kreis.

—Hablaré con él.

—Es mejor que lo haga yo, inspector.

—Tienes razón, porque él confió en ti desde el primer momento.

—Y hay que detener al verdadero culpable.

—Sí —contestó el inspector, acariciándose el lóbulo de la oreja izquierda.

—Teníamos dos sospechosos y uno de ellos ha quedado descartado, por lo tanto, es de suponer que el culpable sea el otro... y hay que buscar las pruebas.

—De acuerdo. ¿Quieres encargarte tú de ello?

—Lo que Vd., ordene, inspector.

—No obstante, creo que ahora, después de conocer el resultado de los análisis, será fácil detener al verdadero asesino de la muchacha.

—Sí.

—Me parece...

El inspector se interrumpió, porque el zumbador del teléfono empezó a sonar imitando el ruido de las chicharras.

Todos los hombres tienen alguna manía y la del inspector Kingman eran los ruidos estridentes.

No podía soportarlos.

Siempre ordenaba que cambiasen los timbres por zumbadores y solamente sentía no poder eliminar a éstos también.

Un ruido demasiado estridente le obligaba a entornar los ojos, a apretar los labios e inmediatamente se convertía en un hombre desagradable y agresivo.

Tampoco soportaba a los hombres y mujeres que hablaban a gritos.

Descolgó el aparato telefónico y dijo:

—Habla Kingman.

Iram no podía oír la voz del hombre que había llamado al inspector, pero por la expresión que apareció en el rostro de éste,

comprendió que se trataba de un viejo amigo.

—¿Qué haces tú en Dallas? —preguntó el inspector, mientras una sonrisa de alegría y satisfacción bailaba en sus labios.

Asintió con la cabeza y después, la sonrisa desapareció de sus labios y frunció el ceño.

Se inclinó hacia delante como si quisiera tomar alguna nota, pero no escribió nada y siguió escuchando.

—Te veré dentro de una hora, Marvin —dijo por último.

Colgó el auricular con aire pensativo y después levantó la cabeza, mirando a Iram, que permanecía en silencio.

—Era Marvin Canfield —dijo el inspector.

Iram arqueó una ceja, a modo de interrogación, porque aquel nombre le resultaba desconocido.

—Es un viejo amigo mío que trabaja en la secretaría de Estado, en Washington —añadió el inspector.

—Supongo que estará en Dallas de vacaciones —comentó Iram, encendiendo el cigarrillo que tenía entre los dedos.

—No... quiere hablar conmigo y me ha dicho que el asunto es grave.

—¿Asunto particular?

El inspector movió la cabeza negativamente y contestó.

—Marvin no me ha dado ningún dato; solamente me ha dicho que es un asunto grave y relacionado en la Secretaría de Estado.

—¿Dónde se aloja su amigo, inspector? —preguntó Iram, expeliendo el humo por la nariz.

—En el «Benares». Habitación 399.

—El hotel no está muy lejos de este edificio.

—Trescientas yardas... más o menos —contestó el inspector, que seguía manteniendo el ceño fruncido.

En la calle, varios automóviles empezaron a hacer sonar sus bocinas de una forma estridente y continuada, lo que enfureció al inspector.

—¡Maldita pandilla de locos... debería existir una ley federal que impidiese esas brutalidades!

—Hay leyes, inspector, pero todas son municipales —contestó Iram, poniéndose en pie.

Cerró las ventanas añadiendo.

—Ahora el ruido se ha quedado fuera.

—Tendré que graduar el aire acondicionado, porque con las ventanas cerradas hace mucho calor.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Iram.

—Me acompañarás al «Benares».

—¿Es necesario?

—No lo sé, pero si Marvin no quiere nada de nosotros, podrás seguir con el asunto de la muchacha asesinada.

—Rapto y asesinato —aclaró Iram.

—Creo que el asunto lo resolverás en poco tiempo, porque solamente se trata de pura rutina. Hay que comprobar las coartadas del segundo sospechoso y...

—Dejar en libertad al hombre que tenemos encerrado —interrumpió Iram.

—Ahora mismo puedes encargarte de él. Te espero en este despacho dentro de cuarenta y cinco minutos.

—Comprendido, inspector.

Iram Kreis abandonó el despacho y cuando Abel Kingman se quedó solo, volvió a acariciarse el lóbulo de la oreja, murmurando entre dientes.

—Algo muy grave deber ser, cuando Marvin ha abandonado su cómodo despacho de Washington...

El inspector consultó la hora y después de dedicó a examinar y a firmar una gran cantidad de documentos que tenía dentro de una carpeta.

Iram Kreis entró en el despacho nuevamente cuando habían transcurrido cuarenta y cuatro minutos y treinta segundos desde que había salido de él.

Si la manía del inspector eran los ruidos estridentes, la de Iram era la exactitud.

Usaba dos relojes y uno de ellos era un verdadero cronógrafo de competición, capaz de medir hasta las milésimas de segundo.

—Estoy listo —dijo en el mismo momento que se cumplían los cuarenta y cinco minutos.

—Lo sabía —gruñó el inspector, que detestaba la exactitud cronométrica de su agente especial.

—Supongo que iremos andando.

—Es la forma de llegar antes... y a la hora exacta; —contestó burlonamente Kingman.

Los dos hombres salieron del despacho y uno de los ascensoristas los dejó en el vestíbulo del edificio.

—Hace calor —protestó el inspector, que estaba acostumbrado a la frescura de su despacho, del que salía solamente cuando el duro sol de Texas se había ocultado.

—Y en la calle aún hace más —dijo Iram, como si deseara animar a su superior.

—Lo supongo —gruñó éste.

Al salir del edificio, los dos hombres del F.B.I., se sintieron envueltos por el calor, la pesada y sucia atmósfera, el ruido y todas las incomodidades de la ciudad.

—Me gustaría vivir en el campo... —dijo Kingman.

—Sería una suerte que Vd., encontrase un trozo de campo libre de fábricas, pozos de petróleo o de y ruidos.

—Hoy no estás muy alegre, Iram —dijo el inspector.

—No lo crea. Hoy es uno de los días felices para mí, porque no tengo ningún problema, dispongo de algunos dólares y no debo nada a nadie.

—Nadie lo diría.

El inspector respiró aliviado cuando él y el agente especial entraron en el vestíbulo del «Benares», uno de los hoteles más lujosos de Dallas.

—Si algún día recibo una herencia, me instalaré en este hotel —dijo el inspector.

—¿Por qué?, creí que le gustaba el campo.

—Esto es mejor que el campo, Iram... escucha.

—Escucho.

—¿Qué oyes?

—Nada... nada absolutamente.

—El hotel es mejor que el campo; ni un solo ruido... todo en orden, limpio, fresco... y sin ruidos.

—¡Hum! —exclamó Iram, pensando que la manía del inspector acabaría mandándolo a una celda acolchada, en alguno de los muchos «hospitales mentales» que había en la nación.

Él había estado en una ocasión en el interior de una de aquellas celdas acolchadas y podía asegurar que en ella no había ningún ruido.

Allí, el silencio era absoluto, total.

Hay que aclarar que Iram había estado en una celda acolchada especial para locos furiosos, solamente como mero visitante accidental.

La puerta del ascensor se deslizó sin hacer ningún ruido y los dos hombres del F.B.I., entraron en él.

El empleado que se encargaba del ascensor preguntó:

—¿Piso?

—Vamos a la habitación 399 —contestó el inspector.

—Cuarto piso —aclaró el empleado.

El ascensor, con gran suavidad y silenciosamente, llevó a los dos hombres hasta el piso cuarto del lujoso hotel.

—La habitación 399 está al final del corredor, a la izquierda —indicó el empleado del hotel, que hablaba con la misma suavidad que ascendía y descendía el ascensor.

—Gracias amigo —contestó el inspector.

—¿Llegamos a la hora indicada, inspector? —preguntó Iram, consultando uno de sus dos relojes.

—Supongo que sí, pero puedes tranquilizarte, porque Marvin Canfield es muy informal en lo que se refiere a la puntualidad —contestó el inspector.

La puerta de la habitación 399 estaba cerrada y Kingman llamó suavemente con los nudillos.

—¿Qué hora es, Iram? —preguntó mientras esperaba que la puerta se abriese.

—Las once, dos minutos y ocho segundos.

—¡Excelente mañana! —exclamó el inspector, al que la calma y el silencio del «Benares» habían devuelto la felicidad que perdió al salir de su despacho.

—Tendrá Vd., que llamar otra vez, porque me parece que su amigo está durmiendo.

Kingman volvió a golpear la puerta con los nudillos, pero lo hizo con tanta suavidad que Iram; pensó que nadie podía oír aquellos golpes.

—¿Qué trabajo tiene el amigo de Vd., en la Secretaría de Estado? —preguntó Iram.

—No lo sé con seguridad, pero desde hace años ha sido la mano derecha de todos los Secretarios de Estado [1].

—¿Quiere Vd., llamar otra vez, por favor?, pero hágalo con un

poco más de fuerza.

Kingman llamó por tercera vez... y por tercera vez, la puerta permaneció cerrada.

—Lo intentaré yo, inspector —dijo Iram.

Llamó con mucha más fuerza... pero a pesar de ello, obtuvo el mismo resultado que el inspector.

Nadie abrió la puerta de la habitación 399.

—Aquí ocurre algo anormal. Marvin no es un hombre que olvide una cita —dijo Kingman.

—Iré en busca del gerente.

Pero no fue necesario que Iram fuese en busca del gerente, porque apareció un empleado del hotel, preguntando.

—¿Qué ocurre, caballeros?

—No nos abren —contestó el inspector.

—Quizás el ocupante de la habitación haya salido de ella —indicó el empleado.

—No —contestó el inspector.

La respuesta fue tan rápida y enérgica, que el empleado quedó convencido y dijo:

—Pediré la llave maestra a recepción...

—Puede decir al gerente que soy el inspector Abel Kingman, del F.B.I.

—Sí, señor... lo haré.

—No pierda tiempo, amigo —dijo Iram.

—Usaré el teléfono interior... el que empleamos todos los que trabajamos en los pisos...

El empleado no perdió el tiempo, porque poco después se abrió la puerta del ascensor y tres hombres vestidos correctamente, se dirigieron hacia la habitación 399.

—Soy Caleb Warrens, el gerente —dijo uno de ellos.

—Mi nombre es Abel Kingman, inspector del F.B.I.; mi compañero es el agente especial Iram Kreis.

El gerente inclinó la cabeza a modo de saludo y después preguntó:

—¿Es cierto que míster Canfield les esperaba?

—Sí... me llamó para citarme a esta hora —contestó el inspector.

—Míster Canfield no ha salido del hotel... al menos, los

empleados del vestíbulo no lo vieron. Tampoco está su llave en recepción... todo es muy extraño.

—Abra la puerta, por favor —dijo Kingman.

—Abra la puerta, Ken —ordenó el gerente a uno de sus acompañantes.

Ken se adelantó y mostrando una llave, dijo:

—Tenemos duplicados de todas las llaves, porque nuestros clientes las pierden bastante a menudo.

—Sí... abra —contestó el inspector.

Ken introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar con suavidad.

Cuando iba a empujar la puerta, el inspector se lo impidió diciendo.

—Es suficiente... gracias.

Ken, que era hombre educado, comprendió que el inspector no deseaba nada más de él, y retrocedió unos pasos.

—Vamos a entrar, míster Warrens, pero les ruego que Vds., se queden en el corredor —dijo Kingman.

—¿Qué espera encontrar? —preguntó Warrens, que estaba muy pálido.

—No lo sé, pero es preferible tomar medidas de precaución —contestó el inspector.

Iram, que conocía perfectamente a su superior, sabía lo que esperaba encontrar dentro de la habitación 399.

Un cadáver.

Abel Kingman poseía un olfato especial para descubrir la presencia o la sola proximidad de la muerte.

—Adelante, Iram —ordenó el inspector.

El agente especial empujó la puerta y ésta se fue abriendo con lentitud y sin producir ningún ruido.

Antes de que la puerta quedase abierta por completo, todos los hombres que estaban en el corredor del cuarto piso del «Benares», pudieron ver las piernas de un hombre.

De un hombre que estaba tendido de bruces sobre el limpio suelo de la habitación 399.

El inspector e Iram cambiaron una mirada y el agente especial pensó que Kingman nunca se equivocaba.

Iram penetró en la habitación y antes de inclinarse sobre el

caído miró a su alrededor, para no borrar ningún rastro... pero no vio nada.

—Está muerto —dijo después de comprobar que el hombre había recibido dos balazos en el centro de la espalda.

El inspector se acercó al cadáver y después de una mirada, dijo:

—Es Marvin... Marvin Canfield.

Warrens, que permanecía en el corredor, dejó escapar un gemido.

—Llamaré a la policía... si Vd., no dice lo contrario —dijo después de una corta pausa.

—No es necesario, Warrens, no se trata de un asesinato normal. La policía de Dallas no puede intervenir... es un delito federal —contestó el inspector.

—¡Un delito federal! —exclamó Warrens.

—Asesinato de un funcionario del Gobierno de los Estados Unidos —aclaró el inspector.

—Les ruego mucha discreción... un asesinato es una mala publicidad... Los clientes podrían abandonar el hotel...

—No se preocupe... Y ahora le ruego que nos deje solos —contestó el inspector.

Warrens y sus dos ayudantes se alejaron y Kingman cerró la puerta, sin tocar el picaporte interior, para no borrar las posibles huellas dactilares.

CAPÍTULO III

IRAM seguía al lado del cadáver y cuando Kingman cerró la puerta, dijo:

—Inspector... creo que asesinaron a su amigo hace muy poco tiempo. Aún sangran las heridas.

—Voy a llamar a la División, para que vengan nuestros hombres —contestó Kingman, sacando un pañuelo limpio de su bolsillo para coger el teléfono y no borrar las huellas que pudiese haber en él.

—No creo que encontremos nada, porque este asesinato parece la obra de un profesional... o de un hombre muy cuidadoso —comentó Iram.

Kingman asintió con la cabeza, pero llamó a la División del F.B.I.

Mientras el inspector daba las órdenes necesarias, Iram se dedicó a examinar el suelo y los muebles, teniendo la precaución de no tocar nada.

—Hicieron dos disparos contra Canfield, inspector, pero el asesino recogió las cápsulas vacías... a no ser que usase un revólver —dijo Iram.

—Lo sabremos con seguridad cuando hagan la autopsia al cadáver —contestó Kingman, que terminaba de colgar el teléfono.

—Observo que no han tocado nada... ni tan sólo han registrado el equipaje de su amigo, inspector.

Éste se encontraba en el dormitorio y pudo comprobar lo que Iram estaba diciendo.

Todo estaba en orden.

—Tampoco aparece la llave de la habitación —dijo Iram.

—Es de suponer que el asesino se la llevó, después de cerrar la puerta desde el exterior.

—Creo que debemos interrogar al gerente, para saber a qué hora llegó Marvin Canfield, si hizo llamadas telefónicas o si recibió visitas.

—Sí... tú te encargarás de ello cuando lleguen nuestros expertos.

—Y habrá que hablar con la policía de Dallas, inspector.

—Yo lo haré.

Los hombres del F.B.I., no tardaron en llegar y mientras se sacaban fotografías y se buscaban huellas, Iram abandonó las habitaciones del difunto Marvin Canfield y habló con el gerente, que se había quedado en el corredor.

Warrens estaba pálido, muy nervioso y además asustado.

—¿Cuándo llegó míster Canfield? —preguntó el agente especial del F.B.I.

—Esta mañana... a las diez y quince minutos.

—¿Solo?

—Sí... creo que sí, pero no puedo asegurarlo.

—¿Recibió alguna visita durante el tiempo que ocupó su habitación?

—No lo sé... no se puede saber, porque son muchos los hombres y mujeres que entran y salen del hotel.

—¿Hizo muchas llamadas telefónicas?

—He preguntado a la empleada de la central... solamente pidió línea una vez.

—Trate Vd., de saber si recibió alguna visita.

—Sí... lo intentaré, pero es casi imposible.

—Recibió una visita... la de su asesino —dijo Iram.

Regresó al interior de la habitación y comunicó al inspector lo que había logrado saber... que no era mucho.

—He registrado los bolsillos de Marvin... he encontrado el pasaje del avión y nada más.

—¿Nada más?

—Me refiero a cosas interesantes... llevaba lo normal, el pañuelo, cigarrillo, encendedor... algunas notas...

—Me gustaría saber lo que iba a hacer un hombre como Canfield en Dallas —comentó Iram.

—Lo sabremos.

—Iré al aeropuerto para interrogar al personal del aparato. Quizás las azafatas puedan decirme algo interesante.

—Bien... tú vas a encargarte de poner en claro el asesinato de Marvin.

—¿Qué pasará con el rapto y el asesinato de la muchacha? —preguntó Iram—. El asesino, al saber que el otro sospechoso ha quedado en libertad, puede huir y...

—Burton se encargará de él.

Iram asintió con la cabeza y después dijo:

—Burton logrará las pruebas necesarias para condenar al asesino.

—Estaré en mi despacho —contestó el inspector.

—Allí iré después de hablar con los empleados del aeropuerto —dijo Iram.

Abandonó el «Benares», pensando que las cosas se iban a complicar de una forma terrible, porque el asesinato de un alto funcionario de la Secretaría de Estado era algo muy grave.

—Y Dallas ya tiene una fama bastante trágica, para que ahora aumente —murmuró el agente especial, mientras se dirigía hacia el edificio del F.B.I., para recoger su automóvil.

Iram Kreis no había comido.

Eran exactamente las tres y treinta minutos cuando golpeó con los nudillos la puerta del despacho del inspector Abel Kingman.

Y el agente especial sentía cómo su estómago se contraía, como si quisiera protestar por aquel prolongado castigo.

—Adelante —ordenó la voz del inspector.

Iram empujó la puerta y se dispuso a entrar en el despacho de Kingman.

Pero se quedó en el umbral.

Las hermosas y perfectas piernas que tenía ante sus asombrados ojos no podían pertenecer al inspector Kingman.

Eran piernas de mujer.

Iram recorrió con la mirada aquellas piernas cruzadas y dejó escapar un suspiro de disgusto, cuando sus ojos tropezaron con el borde de la falda.

La tela ponía fin al maravilloso espectáculo de las piernas, dejando que la imaginación supliese lo que la falda ocultaba... que no era mucho.

La mirada del agente especial siguió ascendiendo y después de detenerse una fracción de segundo en la esbelta cintura, volvió a

detenerse en la agresiva curva de los senos.

—Pasa —ordenó el inspector Kingman.

Iram entró en el despacho, sin dejar de observar a la mujer que estaba sentada ante Kingman.

Tenía los cabellos negros, los ojos grandes. Y el agente especial pensó que tenía la cantidad de carne exacta en los puntos exactos.

Y pensó otras muchas cosas, que por el momento se reservó.

—¿Quieres cerrar la puerta? —preguntó el inspector.

—¡Oh, sí! —exclamó Iram, volviendo a la realidad.

La escultural morena de los ojos grandes sonrió divertida y comentó:

—Su agente parece un hombre muy impresionable.

—Lo es... a veces —dijo Kingman.

—Hola —saludó Iram, sin dejar de mirar a la mujer.

—Hola —contestó ésta.

—Te presento a Sharon Anders —dijo el inspector—. Procedente de Washington... llegó en el mismo vuelo que Marvin Canfield y debe ser su secretaria —añadió Iram.

—Es Vd., muy eficiente —comentó Sharon.

—Toma asiento y escucha lo que voy a decirte —dijo el inspector.

—Sí... —contestó solamente Iram, tomando asiento muy cerca de Sharon.

Ésta lo acogió con una amable sonrisa, pero antes de que el agente pudiese hacer algún comentario, el inspector dijo:

—En las habitaciones de Marvin, no había huellas; ni una sola y mi amigo fue asesinado con una pistola automática «Máuser», provista de silenciador.

—Era de esperar algo parecido —comentó Iram.

—No recibió ninguna visita ni hizo llamadas telefónicas, excepto la que efectuó para hablar conmigo.

—Pero alguien entró en la habitación... el asesino —dijo el agente especial.

—Sí, pero nadie lo vio... y si se cruzó con alguno de los empleados o clientes del hotel, pasó desapercibido para todos.

—También es lógico porque según el gerente del «Benares», entran y salen muchas personas del hotel.

—Pero Sharon nos ayudará, porque ella conoce las razones del

viaje de Marvin —dijo el inspector.

—¿Cómo es que Vd., no estaba alojada en el «Benares»? —preguntó Iram, mirando a la sonriente mujer.

—Porque no había más habitaciones. Estoy alojada en el «Victory».

—Es muy posible que si llega Vd., a alojarse en el «Benares», el asesino también le habría hecho una visita —comentó Iram.

—Sharon es una mujer valiente —aseguró el inspector, que tampoco se libraba del influjo que la belleza de Sharon ejercía sobre los hombres.

—Gracias.

—¿Por qué se encontraba Marvin Canfield en Dallas? —preguntó Iram.

—Por un asunto muy delicado —contestó.

Sharon, ladeándose en la silla para quedar frente a Iram.

La falda se remontó un poquito más... y el agente especial tuvo que hacer un gran esfuerzo para concentrarse en sus pensamientos.

—Marvin tenía que impedir una compra —añadió el inspector.

—¿Una compra? —preguntó Iram extrañado.

Resultaba sorprendente que un funcionario de la Secretaría de Estado, recorriese una gran distancia para impedir una compra.

—O una venta... porque cuando alguien compra, es que alguien vende —comentó Sharon.

—¿Qué es lo que no se tenía que vender o comprar? —preguntó Iram.

—Un campo petrolífero —contestó Sharon.

—No se trata de una corbata —dijo Iram.

—No... se trata de una suma superior a los doscientos cincuenta millones de dólares y según los informes que tenía míster Canfield, existía además un acuerdo para entregar acciones de una nueva compañía a los vendedores de los pozos de petróleo —explicó Sharon.

—Mucho dinero... —murmuró Iram.

—¿Ha oído hablar del «Consorcio Petrolífero del Noreste»? —preguntó Sharon.

—Sí... toda la prensa habló del petróleo descubierto en una pequeña nación de la costa del Pacífico. Recuerdo que se dijo que los pozos iban a servir para sacar de la miseria a muchas familias de

escasos recursos económicos y también recuerdo que...

—El petróleo solamente ha enriquecido a un grupo de financieros, los cuales ni tan sólo han nacido en aquella nación. Son conciudadanos nuestros... y no de los más respetables —interrumpió Sharon.

—Supongo que si quieren vender, tendrán perfecto derecho a hacerlo —comentó Iram.

—Quizás tengan derecho legal, pero no moral. Por otra parte, si una compañía de los Estados Unidos compra el campo petrolífero, la prensa de todo el mundo nos acusaría... en fin, de muchas cosas y ninguna de ellas agradable —dijo Sharon.

—Impedir la compra del campo petrolífero debe ser una razón de alta política —contestó Iram.

—Y de sentido común. No nos interesa crear más enemigos en América del Sur, donde ya tenemos bastantes, debido a la ambición de algunos de nuestros compatriotas —dijo Sharon.

Además de tener unas piernas que resultaban casi mareantes y un cuerpo perfecto, Sharon poseía una gran inteligencia, un carácter firme y era una mujer decidida.

La muerte de Marvin Canfield no parecía haberle afectado mucho, al menos, de una forma aparente, pero Iram adivinó que a pesar de su aspecto despreocupado, Sharon sentía intensamente la muerte de hombre que había sido su jefe.

Pero Sharon sabía controlar sus emociones.

—Llorará... pero cuando esté sola —pensó el agente especial.

—Si el «Consorcio Petrolífero» vende los pozos, los comprará la «United Oil Corporation» —dijo el inspector— y Marvin iba a tratar de impedir la operación.

—¿De qué forma? —preguntó Iram.

El agente del F.B.I. sabía que legalmente no se podía impedir la compra del campo petrolífero, ya que ni los compradores ni los vendedores vulneraban ninguna ley.

—Iba a hablar con los directivos de la «United Oil» —contestó Sharon.

—Comprendo.

—He comunicado al Secretario de Estado el asesinato de míster Canfield y hasta que llegue otro funcionario de la Secretaría, yo trataré de retrasar la compra del campo petrolífero —siguió

diciendo Sharon.

—¿Tiene Vd., alguna sospecha, inspector? —preguntó Iram.

—Ninguna.

—Míster Canfield pudo ser asesinado para impedir que interviniera en el asunto de la compra del campo petrolífero —dijo Iram, mirando a Sharon.

—No lo creo. Los hombres de la «United Oil» no son asesinos y la muerte de míster Canfield no podía interesarles, porque hay muchos funcionarios en la Secretaría de Estado —contestó ella.

Iram se limitó a arquear ligeramente la ceja izquierda y después preguntó.

—¿Por qué lo asesinaron?

Sharon se encogió de hombros y después de una corta pausa, contestó.

—Míster Canfield tenía dinero.

—¿Cuánto? —preguntó el inspector.

—Siete mil dólares —contestó Sharon.

—Encontramos trescientos en uno de los bolsillos de su chaqueta —dijo Kingman.

—Tenía siete mil dólares en un sobre. Yo misma los retiré del Banco, en Washington. Creo que pensaba adquirir un pequeño rancho o una granja en esta región —aclaró Sharon.

Abel Kingman asintió con la cabeza y murmuró.

—Sí... Marvin pensaba quedarse en Texas, cuando abandonase el trabajo.

—¿Qué hay que hacer con el cadáver? —preguntó Iram.

—No lo sé —contestó el inspector.

—Míster Canfield no tenía parientes —añadió Sharon.

—Me parece recordar que tenía un sobrino y...

—Murió hace seis meses, en Vietnam —interrumpió Sharon.

—En este caso, creo que debemos sepultarlo en Dallas —dijo el inspector.

—Como usted quiera —contestó Iram.

—Míster Canfield amaba esta tierra —dijo Sharon.

Iram asintió con la cabeza, pero fue un gesto maquinal, porque la mente del agente especial del F.B.I., trabajaba a marchas forzadas.

La muerte de Marvin Canfield no tenía sentido, porque no era

lógico que un ladrón lo hubiese asesinado, cuando apenas llevaba una hora escasa en Dallas.

Iram tenía sus propias ideas, pero no pensaba expresarlas hasta que pudiese confirmarlas.

—¿Tenemos todos los informes, inspector? —preguntó el agente especial.

—No, solamente uno del médico forense, que extrajo los proyectiles del cuerpo de Marvin. Más tarde hará la autopsia y tratará de fijar la hora exacta de su muerte —contestó Kingman.

—¿A qué hora llegaron Vds., a Dallas? —preguntó Iram.

—A las nueve y treinta.

—Me refiero al hotel —dijo Iram, que en el aeropuerto se había enterado de todo lo relativo al vuelo procedente de Washington.

Había examinado la lista de pasajeros y una de las azafatas de vuelo le dijo que Sharon había acompañado a Canfield y que parecía ser su secretaria.

—Creo que entramos en el «Benares» alrededor de las diez y quince o diez y veinte.

—El gerente dijo la verdad... —murmuró Iram, como si hubiese esperado todo lo contrario.

—Tendrás que trabajar duramente, para descubrir al asesino de Marvin —comentó el inspector.

El asesinato aparecía envuelto en el misterio, porque seguía sin aparecer el motivo de la muerte de Canfield.

El robo de los siete mil dólares no convencía a Iram... y tampoco parecía convencer a Kingman.

—¿Me necesitan? —preguntó Sharon, poniéndose de pie.

—No... y gracias por su valiosa colaboración, Sharon —contestó el inspector, mientras se levantaba.

Iram también se puso de pie y contempló la esbelta figura y elegante silueta de Sharon Anders.

—Iré al «Victory» y descansaré un poco, porque aún no me he cambiado de ropa —dijo ella, con una agradable sonrisa en sus labios rojos.

—Iram irá con Vd. —indicó el inspector.

—¿Por qué? —preguntó Sharon poniéndose en guardia.

—Hasta que no sepamos por qué fue asesinado Marvin, es mejor tomar algunas precauciones, Sharon. No quisiera encontrarme con

otro cadáver entre las manos... el de Vd.

—Sería un hermoso cadáver —dijo Sharon.

—Todos los cadáveres son iguales —sentenció el inspector.

—Y aprovecharé la ocasión para hacerle algunas preguntas —dijo Iram.

—¿De tipo personal? —preguntó Sharon burlonamente, mientras sus manos alisaban la falda.

—Es posible.

—Vamos... me encantan las preguntas personales —dijo ella.

—Puedes dejarla en el hotel y después regresas, porque tengo que hablar contigo —indicó el inspector.

—De acuerdo.

Cuando los dos jóvenes salieron del despacho, Abel Kingman frunció el ceño y murmuró.

—Va a ser difícil descubrir la verdad.

CAPÍTULO IV

—¿C
UANDO empezarás a hacerme esas preguntas? —Sharon, con la mayor naturalidad, tuteó al agente especial del F.B.I., cuando se acomodó a su lado dentro del automóvil, que Iram había dejado ante el edificio al regresar del aeropuerto.

—Pronto —contestó el agente.

—Estoy impaciente —dijo ella.

—¿Estás casada? —preguntó Iram, poniendo el coche en marcha.

—¿Es muy importante la respuesta?

—De ella dependen muchas cosas.

El automóvil empezó a rodar hacia el «Victory» y Sharon observó a su acompañante.

Éste permanecía muy serio y estaba pendiente del intenso movimiento de coches que rodaban en todas direcciones.

—No, no estoy casada.

—¿Prometida?

—Tampoco.

—¡Hum! —Gruñó Iram.

—¿Qué significa tu gruñido?

—Un pensamiento no expresado en voz alta.

—¿Qué piensas?

—En los hombres de Washington.

—¡Vaya creí que estarías pensando en otra cosa muy diferente! —exclamó Sharon.

—Pensaba que los hombres de Washington deben ser muy bobos.

—¿Porqué? —preguntó Sharon.

Adivinaba la respuesta, pero deseaba oírla... porque era una

mujer.

—Porque solamente los bobos pueden dejar tranquila, soltera y sin compromiso a una mujer como tú.

—Quizás estén muy ocupados —dijo Sharon sonriendo.

Se acomodó mejor en el asiento del coche y la reducida falda se remontó muslos arriba.

—Sigo pensando que son bobos —sentenció Iram.

Tuvo que detener el automóvil al encontrar un semáforo cerrado y aprovechó la ocasión para mirar a Sharon.

—Escucha con atención, porque creo que puedes ayudarme —dijo el agente especial.

—Habla.

—A pesar de la desaparición de los siete mil dólares, sigo pensando que Marvin Canfield no fue asesinado por un ladrón.

—¿Por qué lo crees?

El semáforo cambió el rojo por el verde y el agente puso nuevamente el coche en marcha.

—Porque no resulta lógico que hubiese un ladrón dentro de una habitación, vacía hasta el momento que llegó Canfield.

—Pudo entrar después —dijo Sharon.

—Sí, pero no creo que Canfield diese la espalda a un desconocido.

Sharon entornó los ojos y movió la cabeza afirmativamente, diciendo por último.

—Tienes razón, porque Míster Canfield era un hombre desconfiado.

—Por lo tanto, lo más lógico es pensar que fue asesinado a causa del trabajo que lo trajo hasta Dallas.

Sharon volvió a asentir con la cabeza, pero no hizo ningún comentario.

—Al registrar la habitación del «Benares», observé algo muy extraño. No había ninguna cartera de mano... y tú debes decirme si Canfield la usaba.

—Sí... siempre llevaba una de piel de serpiente, que le regalaron sus compañeros de trabajo hace unos años.

—¿La llevaba al descender del avión? —preguntó Iram.

—Sí...

—En este caso, el hombre que asesinó a Canfield se la llevó... o

él la dejó en alguna parte y...

—La dejó en la caja fuerte del «Benares» —interrumpió Sharon — lo había olvidado por completo después de todo lo ocurrido.

—Es natural.

—Si tú no llegas a hablar de la cartera, creo que me habría olvidado de ella.

—Desde tu hotel llamaré al inspector y él se encargará de mandar a un hombre del F.B.I., para que la retire.

—Soy una tonta... debía haber pensado en la cartera.

—Has tenido una mañana muy agitada, —comentó Iram.

Poco después, los dos jóvenes se encontraban en la habitación número 112 del «Victory» y el agente del F.B.I., sin perder más tiempo, llamó al inspector Kingman para decirle todo lo relativo a la cartera de Canfield.

Amos Bucher era un hombre de sesenta años, al que el intenso sol de Arizona había resecado como un trozo de carne curada.

Era un enamorado del desierto y detestaba las poblaciones, por pequeñas que éstas fuesen.

Amos Bucher seguía viviendo en el pasado y para él, no existían las comodidades de la civilización.

Era un hombre rico.

Muy rico.

Porque tenía lo que deseaba.

Poseía tres asnos, varias sartenes, un rifle, un gran cuchillo de monte... y toda la libertad de la tierra.

Amos Bucher seguía buscando oro en el desierto de Arizona y a veces lo encontraba pero siempre en pequeñas cantidades.

Recorría el desierto y lavaba arenas en los escasos arroyos; husmeaba en las ciudades mineras abandonadas, en las llamadas «ciudades fantasmas» y penetraba en las minas, que cien años antes habían proporcionado grandes fortunas.

Pero a Amos no le interesaba demasiado lo que podía encontrar en las minas.

Tenía lo necesario para seguir viviendo y para alimentar a sus tres asnos.

Amos se detuvo y lo mismo hicieron sus burros.

—¡Maldita! —Gruñó Amos.

La maldición iba dirigida a una serpiente de cascabel, que

dormitaba al sol.

Amos amaba el desierto... pero detestaba a las serpientes de cascabel y a los buitres.

Era capaz de soportar la presencia de una mofeta, pero la sola proximidad de una serpiente le producía náuseas.

Unos años antes, una serpiente de cascabel acabó con uno de los asnos de Amos y éste declaró la guerra a los reptiles.

Cogió el rifle que llevaba en el primero de los asnos y después de introducir una cápsula en la recámara, apuntó con gran cuidado y apretó el gatillo.

El estampido del seco disparo rebotó en las colinas hasta apagarse por completo.

Amos, con el humeante rifle en las manos, contemplaba satisfecho como la serpiente de cascabel, con la cabeza destrozada por el plomo, se retorció sobre la ardiente y reseca arena del desierto.

—Vamos —dijo a sus asnos, como si éstos fuesen, capaces de entenderle.

Y debieron hacerlo, porque los tres animales se pusieron en movimiento.

Amos no dejó el rifle, porque esperaba encontrar más serpientes de cascabel.

Pasó entre dos altas paredes de roca rojiza y alcanzó la cumbre de una descarnada colina.

Se detuvo y lo mismo hicieron sus asnos, sin que Amos tuviese que darles ninguna orden.

Amos frunció el ceño al ver los buitres que daban saltos sobre la pista del abandonado campo de aviación, que durante la guerra había servido para entrenar a los pilotos de los pesados bombarderos.

—Buitres... —musitó Amos extrañado.

No era normal que las voraces aves de largos y descarnados cuellos estuviesen allí.

—No creo que coman trozos de metal... aunque es posible que algún animal, al perderse haya llegado hasta aquí para morir —dijo Amos en voz alta.

Observó que algunas aves permanecían cerca de un cobertizo, en cuyo techo ondeaba una banderola azul.

Aquella banderola sorprendió a Amos, como se había sorprendido al ver los buitres.

—Es nueva... y el viento aún no la ha destrozado —gruñó el viejo buscador de oro.

Inició el descenso seguido de sus tres asnos, que no parecían demostrar ningún interés.

Algunos buitres alzaron el vuelo al aproximarse Amos y los asnos, pero algunas aves continuaron en el suelo.

—Cuando no huyen es que algo muy importante las retiene... y las puercas aves solamente consideran importante la carroña —dijo Amos levantando el rifle.

Hizo tres disparos... y tres buitres quedaron en el suelo, mientras los restantes emprendían el vuelo entre desagradables aleteos.

—Quietos —ordenó Amos a sus asnos.

Llevando el rifle listo para hacer fuego, se apartó de los burros y se dirigió hacia el cobertizo que lucía la banderola en su tejado.

Al acercarse más y al cambiar de posición, el viento le dio en el rostro.

Y hasta él llegó el hedor de la muerte.

Con un pañuelo se cubrió la boca y la nariz y continuó avanzando hacia el cobertizo.

A medida que acortaba la distancia, el hedor se hacía insoportable.

Amos penetró en el cobertizo... y se detuvo aterrado.

No se trataba de una res extraviada, que hubiese buscado el cobertizo para morir en paz.

Eran cuatro cadáveres humanos.

Cuatro hombres tendidos en el suelo, sobre grandes charcos de sangre seca y negruzca.

Amos no siguió adelante.

Después de una rápida mirada, retrocedió y abandonó el cobertizo, cerrando la puerta del mismo para impedir que los buitres llegasen hasta los cuerpos sin vida.

—¡Diablos! —exclamó solamente Amos, que esperaba encontrar cualquier cosa menos cuatro cuerpos acibillados a balazos.

Fue en busca de sus asnos y después de un ligero titubeo, murmuró.

—Tendré que ir hacia el sur, para encontrar la carretera número 80... Espero que allí habrá algún coche de la policía.

Conocía perfectamente la región y sabía que podía alcanzar la carretera antes de una hora.

Se alejó del abandonado campo de entrenamiento y lanzó una mirada hacia atrás al oír el furioso aleteo de los buitres, que una vez más se dejaban caer del cielo como enormes pelotas negras.

Amos tardó cincuenta y tres minutos en llegar al brillante asfalto de la carretera número 80.

Pero tuyo que esperar otros veinte minutos antes de que apareciese un vehículo.

Era un pesado camión que se detuvo al ver a Amos y a los tres asnos, que bloqueaban completamente el camino.

—¿Qué le ocurre, amigo, se ha vuelto loco o alguno de sus asnos ha perdido una herradura? —preguntó el conductor.

—Mis asnos y yo estamos bien, cosa que quizás tú no puedas asegurar... pero se trata de algo muy grave.

—¿Qué ocurre? —preguntó el conductor del camión.

—Algo muy grave y que la policía debe saber enseguida, lo antes posible —contestó Amos.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Sí... hay cuatro hombres muertos en el abandonado campo de entrenamiento.

—¡Eh! —exclamó el conductor asombrado.

—Por lo que he podido ver y por el hedor, creo que llevan tres o cuatro días muertos...

—Avisaré a la policía de Cerritos... es la población que está más cerca.

—Yo esperaré aquí... puedes decirle al jefe de la policía de Cerritos que has hablado con Amos Bucher...

—Se lo diré amigo... se lo diré. ¿Puedo hacer algo más por Vd.?

—Nada, gracias...

—Buena suerte —deseó el camionero.

Cuando el camión se alejó envuelto en una nube de polvo, Amos lió un cigarrillo, porque él seguía las viejas costumbres y se negaba a adquirir paquetes de cigarrillos.

Poseía una endiablada habilidad para liar el cigarrillo, empleando una sola mano.

—¿Quién diablos pudo acabar con los cuatro individuos que hay en el cobertizo? —murmuró.

Encendió el cigarrillo y dejó que sus asnos se moviesen libremente en el lado izquierdo de la carretera 80.

Sabía que los animales no pondrían las patas en el asfalto a no ser que lo ordenase.

Amos solía decir que sus asnos eran los mejores amigos que tenía, porque nunca le pedían dinero, ni le llevaban la contraria... aunque en algunas ocasiones le asestasen alguna coz.

—Pero incluso los matrimonios tienen sus pequeños disgustos —decía Amos para justificar las coces de sus asnos.

Amos no tuvo que esperar mucho, porque veinte minutos después de haber detenido el camión, un coche patrulla de la policía de carreteras apareció en la recta, lanzado a una velocidad escalofriante.

En aquella parte del estado de Arizona no había problemas de circulación y los coches podían alcanzar el máximo de su potencia, sin peligro de chocar contra otros vehículos.

La carretera era una recta de muchas millas de longitud y el único peligro que existía, era el de un reventón.

El coche patrulla se detuvo al lado de Amos y de su interior saltaron dos agentes uniformados.

—¿Has estado bebiendo, Amos? —preguntó uno de ellos.

—No, Sam... No bebo nunca cuando estoy en el desierto, porque el sol y el alcohol no se llevan bien; bebo en Cerritos o en otra población, pero nunca en el desierto.

—En este caso, lo que nos dijo el conductor de un camión debe ser cierto —dijo el otro policía.

—Lo es... hay cuatro hombres muertos a balazos dentro de uno de los cobertizos del campo de aviación.

—Iremos a echar una mirada —dijo el otro policía, que no parecía muy convencido.

—Cerré la puerta del cobertizo, porque los buitres merodeaban por allí, Peter... y no creas que el sol me ha vuelto loco —contestó Amos.

—Lo sé, pero debes admitir que lo que dices es muy extraño —dijo Peter.

—Lo comprendo perfectamente, pero allí están los cuatro

hombres muertos.

—¿Quieres acompañarnos? —preguntó Sam.

—Sí... iré con vosotros. Esperad un poco, que voy a atar los asnos.

Amos clavó unas estacas en el suelo y después ató los tres asnos.

Poco después, el coche patrulla de la policía rodaba por el desierto.

Cuando Sam y Peter abrieron la puerta del cobertizo, el hedor les obligó a retroceder.

—Llama a Cerritos para que manden una ambulancia con personal especializado... y avisa al jefe para que pueda comunicar lo que Amos ha encontrado al jefe de policía de Arenas Altas —dijo Sam.

—Bien —contestó Peter.

Amos contemplaba los cadáveres mientras Peter llamaba a Cerritos por la radio del coche patrulla.

—¿Los conocías? —preguntó a Sam, que igual que Amos se había colocado un pañuelo sobre la boca y la nariz.

—No.

—Me gustaría saber quién los asesinó... y cómo llegaron hasta aquí —gruñó Amos.

—Tú eres un viejo rastreador... mira por los alrededores a ver si encuentras algún rastro —indicó Sam.

—Bien.

Cuando Amos se alejó, Sam recogió una de las cápsulas vacías que había en el suelo del cobertizo y la examinó con gran interés.

—Acabaron con ellos con una pistola ametralladora... y todos recibieron impactos en la espalda... —murmuró Sam.

Peter se reunió con él, diciendo.

—No tardarán en llegar.

Amos tardó alrededor de diez minutos en regresar y cuando lo hizo, dijo.

—No hay ningún rastro... quizás llegaron volando.

—Es muy posible que estés en lo cierto —contestó Sam, lanzando una mirada a la banderola que seguía en el techo del cobertizo.

Media hora más tarde, el abandonado campo de entrenamiento estaba lleno de coches de la policía.

El médico forense de Cerritos examinó los cadáveres y aseguró que habían sido acribillados a balazos hacía tres días.

—Pero cuando haga la autopsia lo sabré con más certeza.

El jefe de la policía de Arenas Altas, que había llegado en último lugar, frunció el ceño y dijo.

—Creo que vamos a tener un serio problema entre las manos.

—Todo resulta muy misterioso... por ahora —comentó el forense.

—Quiero las huellas dactilares de los muertos. Quizás en los archivos del F.B.I., tengan sus fichas... Y además, hay que sacar toda clase de fotografías y también habrá que mandar al laboratorio del F.B.I. muestras de la tierra que haya en los zapatos...

—Todo será necesario para poner las cosas en claro —dijo el forense.

Los policías de Cerritos y de Arenas Altas trabajaron con rapidez y eficiencia, pero ninguno llegaba a comprender lo que había ocurrido.

El jefe de la policía de Arenas Altas confiaba en el F.B.I., no morque interviniese de una forma directa, sino que esperaba que en los ficheros del F.B.I., en Washington tuviesen datos sobre los muertos.

CAPÍTULO V

EN el despacho del inspector Kingman, todas las ventanas estaban cerradas pero la temperatura era agradable gracias al aire acondicionado.

—Nada importante... al menos para nosotros —dijo el inspector, que permanecía inclinado sobre los documentos que había extraído de la cartera de mano de Marvin Canfield.

—¡Hum! —exclamó solamente Iram, que en aquellos momentos examinaba una pequeña agenda de tapas negras, de forma alargada y llena de nombres, direcciones, números telefónicos y pequeñas anotaciones.

—¿Algo interesante, Iram? —preguntó el inspector.

—No lo sé... tengo que examinar con gran cuidado toda la agenda, pero creo que llegaré a saber algo importante.

—Te dejaré solo, voy a hablar con el médico forense y con los agentes del laboratorio.

—Bien...

Iram, al quedarse solo abrió una de las ventanas y se quitó la chaqueta. Dobló las mangas de la camisa y después de encender un cigarrillo, tomó asiento ante la mesa y con gran cuidado empezó a hojear la agenda de Marvin Canfield.

Tomó algunas anotaciones y en varias ocasiones se levantó para dar cortos paseos, mientras fumaba y murmuraba algunas palabras entre dientes.

Por último dejó escapar un suspiro de alivio y apoyando sus manos en los riñones se echó hacia atrás y extendió las piernas.

—Dos horas y treinta y dos minutos —murmuró después de consultar uno de sus relojes.

Pero tenía alguna pista, aunque debía hablar con Sharon para

que ella lo ayudase.

Descolgó el aparato telefónico y marcó el número del hotel «Victory».

—Con la habitación 112 —dijo cuándo estableció comunicación con el hotel.

—Sharon Anders al habla.

—Hola, Sharon, espero que no te habré sacado de la cama —dijo el agente especial.

—No, Iram... en realidad, solamente me tumbé en el sofá para descansar un rato. ¿Ocurre algo?

—Es posible... he estado examinando la agenda de Canfield y en ella he encontrado algunos datos importantes.

—Mister Canfield anotaba todo lo que tenía que hacer... me refiero a lo más importante.

—¿Sabes si llamó a un tal Len Hollister, de la United Oil?

—No lo sé... pero creo que hizo algunas llamadas telefónicas mientras yo retiraba su equipaje y el mío en el aeropuerto.

—¿Quién es un hombre llamado Cordell Meyer?

—Un miembro del consejo de administración del «Consorcio Petrolífero del Noreste».

—Gracias...

—¿Puedo ayudarte en algo más? —preguntó Sharon.

—Por el momento no... pero te llamaré nuevamente si puedo llevarte a cenar.

—Te lo agradeceré, Iram, debo confesarte que me siento muy sola.

—Te acompañaré.

—Suerte, Iram.

—Gracias.

Iram terminaba de colgar el aparato telefónico cuando el inspector entró en el despacho, diciendo.

—Marvin fue asesinado a las diez y treinta minutos.

—¿Seguro? —preguntó Iram.

—No hay la menor duda; hemos interrogado a la azafata del avión y hemos logrado fijar la hora exacta en la que Marvin comió algo en el aparato... y por el estado de la comida en su estómago, con toda seguridad y sin variación. Fue asesinado a las diez y treinta de esta mañana.

—Canfield llegó al «Benares» a las diez y quince; es de suponer que perdió algunos minutos en el vestíbulo...

—Sí.

—En realidad, Canfield entró en su habitación alrededor de las diez y veinte o veinticinco... e inmediatamente llegó el asesino, lo que indica que no estaba muy lejos, quizás en el mismo vestíbulo.

—Estamos de acuerdo.

—Incluso es muy probable que subiese en el ascensor, acompañando a Canfield, y que Sharon se separó de él en la puerta del «Benares».

—¿Ella entró en el hotel? —preguntó el inspector.

—Sí, pero sólo permaneció un par de minutos en el vestíbulo. No llegó a separarse de la puerta y cuando Canfield dejó la cartera de mano en la caja fuerte, abandonó el «Benares». ¿Por qué lo pregunta, inspector?

—Pensé que Sharon podía haber visto al asesino.

—Quizás lo vio, pero no podía saber que era un asesino. Había bastantes hombres y mujeres en el vestíbulo.

—Tienes que preguntarle si observó algo anormal... y estoy pensando que si Sharon examina las fotografías que tenemos, quizás pueda reconocer a alguien.

—Sería un trabajo largo, cansado y casi inútil, porque en realidad no sabemos a quién hay que buscar.

—No se perdería gran cosa... solamente el tiempo de Sharon —dijo el inspector.

—Esta noche tengo que cenar con ella... y se lo preguntaré.

—Tú no pierdas el tiempo —comentó burlonamente el inspector, refiriéndose a la cita que Iram tenía con Sharon.

El agente especial, a pesar de haber comprendido perfectamente el sentido que el inspector daba a sus comentarios, movió la cabeza afirmativamente y dijo.

—Es cierto, inspector; no pierdo el tiempo, porque ya he logrado saber que Canfield, desde el aeropuerto, hizo algunas llamadas telefónicas... y creo que llamó a Len Hollister, de la «United Oil» y también es muy posible que llamase a un tal Cordell Meyer, del «Consorcio Petrolífero».

—¿De dónde has sacado esa información?

—De la agenda de Canfield... y de mi buena amiga Sharon

Anders.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Iré ver a Hollister... y espero que él me diga dónde están alojados los hombres del «Consortio».

—Ya estás perdiendo el tiempo, Iram —dijo el inspector.

—Nos veremos más tarde.

—No pienso moverme de aquí... y haz el favor de cerrar la ventana.

—Sí, inspector... y espero que nunca sufra una avería al aire acondicionado, porque si ocurre, Vd., morirá de calor.

—¡Malditos ruidos! —exclamó Kingman.

Iram cerró la ventana y después hizo un ademán de despedirse con la mano, abandonando el despacho.

Las oficinas centrales de la «United Oil» se hallaban en el centro de Dallas, ocupando un edificio de veinte plantas, propiedad de la compañía petrolífera.

Iram se acercó al uniformado portero y le preguntó.

—¿Dónde puedo encontrar a Len Hollister?

—Sexta planta.

Gracias.

El ascensor lo llevó hasta el sexto piso. Poco después, una atractiva secretaria de largos cabellos cobrizos, minifalda reducida a la mínima y con una ajustada blusa que no tenía mangas ni cuello, lo acogió con una cautivadora sonrisa en los rojos y tentadores labios.

—¿Qué desea? —preguntó la secretaria, acercándose a Iram como si éste fuese un potente imán y ella y liviano trozo de hierro.

El agente especial del F.B.I., retrocedió un paso... pero la secretaria no se despegó de él.

Y era terriblemente peligrosa, porque poseía una belleza descarada y atractiva.

Por otra parte, en ella se podía estudiar perfectamente todo un curso completo de anatomía, sin tener necesidad de hacer demasiados esfuerzos.

—Quiero hablar con Len Hollister —contestó Iram.

—¿Solamente con él? —preguntó la muchacha, echando la cabeza hacia atrás lo que hizo resaltar la curva de los senos.

—Por ahora, sólo me interesa hablar con Hollister.

—¿Tiene cita con él?

—No.

—Conmigo podría Vd., hablar y tomar unas copas sin necesidad de estar citado, pero con Míster Hollister es diferente... además, él es mucho más aburrido que yo —susurró la secretaria acercándose aún más a Iram.

—No lo dudo, muchacha, pero tú no puedes solventar los problemas que tengo... es más, creo que solamente servirías para aumentarlos.

—Serían problemas muy agradables...

—Dile a Hollister que quiero hablar con él.

—No te recibirá...

—Dile que soy Iram Kreis y que pertenezco al F.B.I. — interrumpió el agente especial, eludiendo el contacto con el cálido cuerpo de la muchacha.

—¿F.B.I.? —preguntó ésta, retrocediendo unos pasos.

—Sí.

—No tienes aspecto de policía... creí que poseías pozos de petróleo.

Toda la agresividad de la muchacha había desaparecido... e Iram conocía la razón.

Un agente del F.B.I., no tenía tanto dinero como el dueño de unos pozos petrolíferos.

—¿Avisas a Hollister o tendré que entrar sin avisar? —preguntó Iram.

—Avisaré...

La muchacha se acercó a su mesa y pulsó uno de los botones del interfono y dijo.

—Míster Hollister, un hombre que dice ser agente del F.B.I., quiere hablar con Vd.

Hasta Iram llegó claramente la contestación de Len Hollister, que dijo.

—Que pase.

La muchacha cerró la comunicación y con la cabeza indicó la puerta que tenía a su izquierda.

La explosiva secretaria había perdido todo su interés hacia Iram.

—En lugar de corazón debe tener una caja registradora —pensó el agente del F.B.I., mientras abría la puerta tapizada con cuero

rojo.

El despacho de Len Hollister era realmente impresionable.

De dimensiones exageradas, tenía más parecido con una sala de conferencias que con un despacho de trabajo.

Hacía calor, pero una gruesa alfombra de elevado precio cubría por completo el suelo.

Aquel despacho valía una verdadera fortuna.

Un hombre alto, delgado, de cabellos negros que empezaban a grisear en las sienes, se hallaba detrás de una gran mesa, sobre la que había media docena de aparatos telefónicos, un interfono y un mapa.

—¿Es Vd., realmente agente del F.B.I.? —preguntó Hollister, sin molestarse en levantar la cabeza.

Examinaba el mapa con gran interés y era evidente que la presencia de Iram solamente era una molestia para él.

—Soy Iram Kreis, del F.B.I. ¿Quiere ver Vd., mis credenciales? —dijo el agente especial.

—No... no es necesario, porque no puedo perder el tiempo. Diga rápidamente lo que desea de mí y déjeme solo, tengo mucho trabajo... mi tiempo es dinero.

—Y el mío también... aunque menos —contestó secamente el agente especial.

—Hable.

—Esta misma mañana, Vd., recibió una llamada telefónica y...

—He recibido centenares de ellas —interrumpió.

Len Hollister, que aún no se había dignado levantar la cabeza para mirar a su visitante.

—Me refiero una hecha por míster Canfield, de la Secretaría de Estado.

Hollister levantó la cabeza y miró a Iram. Después de un ligero titubeo, dijo.

—Sí, es cierto, pero creí que el asunto era privado.

—Un asesinato nunca es un asunto privado.

—¿Asesinato?, no comprendo.

—Míster Canfield fue asesinado esta mañana en sus habitaciones del hotel «Benares».

Len Hollister apoyó las manos en la mesa y se fue levantando lentamente, mientras sus ojos pardos miraban fijamente a Iram,

como si lo viese por primera vez.

—Si es una broma, es de muy mal gusto —dijo por último.

—Nunca bromeo con la suerte... y mucho menos con un asesinato. Marvin Canfield ha sido asesinado esta mañana, a las diez y treinta exactamente.

—Lo siento... Lo siento en verdad. Aunque no tuve el placer de conocer personalmente a míster Canfield.

—¿Habló con Vd., esta mañana?

—Sí... me llamó desde el aeropuerto y me dijo que deseaba sostener una entrevista conmigo.

—¿Fijaron hora?

—Sí... teníamos que encontrarnos mañana por la mañana, a las once, en este mismo despacho. Míster Canfield me dijo que acudiría en compañía de su secretaria.

—¿Le dijo de qué pensaba hablar con Vd.?

—No, pero me dijo que era un asunto muy importante.

—Lo era.

—¿De qué se trataba?

—De impedir que Vds., comprasen los pozos del «Consorcio Petrolífero del Noreste».

—Éste es un asunto privado, que afecta solamente a la «United» y al «Consorcio»... nadie puede impedir la compra, ni la Secretaría de Estado. No existe ninguna ley que nos impida ampliar nuestros negocios y...

—Lo sé, pero Vd., me ha hecho una pregunta y yo le he dado una contestación —interrumpió Iram.

—Ahora que ya sabe Vd., que míster Canfield me llamó, creo que tendrá la amabilidad de dejarme solo; debo seguir con mi trabajo.

—Quiero hacerle otra pregunta.

—Bien.

—¿Han efectuado la compra de los pozos del «Consorcio»?

—Éste es un asunto privado, como ya le he dicho antes, y no puedo darle una contestación.

—En este caso, espero que me diga Vd., donde puedo encontrar a Cordell Meyer.

—Está alojado en el «Ciro's» pero míster Meyer no le dirá nada. Por otra parte, tenemos abogados de gran prestigio y creo que si el

F.B.I., o la Secretaría de Estado piensan intervenir en nuestros asuntos, tendré que decirles que entren en acción.

—Está Vd., en su derecho, míster Hollister. Gracias por su valiosa colaboración —contestó Iram.

Hollister volvió a inclinarse sobre el mapa y pareció olvidarse del agente del F.B.I.

Éste abandonó el despacho y cerró la puerta a su espalda.

—¿Qué cargo tiene Hollister, monada? —preguntó a la secretaria, que estaba sentada, con las piernas cruzadas y haciendo una total demostración de sus encantos inferiores.

—Es el jefe de compras y de coordinación de la compañía —contestó ella sin mirar a Iram.

—¿Cómo te llamas?

—¿Es un interrogatorio del F.B.I.?

—Es curiosidad.

—Mi nombre es Jewel... Jewel Spencer.

—Un nombre muy agradable... quizás pase a recogerte una tarde, para ir a tomar unas copas.

—Perderás el tiempo.

Iram abandonó el sexto piso, pensando que las cosas no se presentaban demasiado claras.

—Quizás el tal Meyer me aclare algo... pero lo dudo, porque lo más seguro es que Hollister lo esté llamando por teléfono ahora mismo —pensó el agente, mientras el ascensor lo dejaba en la planta baja.

CAPÍTULO VI

CORDELL Meyer recibió a Iram Kreis en uno de los salones del «Ciro's».

El agente especial observó detenidamente a aquel hombre, que vestía con gran elegancia y que parecía muy seguro de sí mismo.

Detrás de Meyer había cuatro hombres más, vestidos también con prendas caras y frescas.

—Vd., dirá lo que desea de nosotros, señor Kreis —dijo Meyer, que era el que parecía llevar la voz cantante del grupo.

—Estoy investigando un asesinato...

—Creí que el F.B.I., no se encargaba de investigar simples asesinatos —comentó Meyer.

Los cinco hombres del «Consortio Petrolífero» permanecían en pie y ninguno había invitado a Iram a tomar asiento.

La indirecta era clara.

Sin pronunciar ninguna palabra, los hombres del «Consortio» indicaban que el agente especial tenía que darse prisa.

—Ningún asesinato es simple, míster Meyer, pero cuando un funcionario del Gobierno es asesinado, es un delito federal y por lo tanto, el F.B.I., interviene —dijo Iram.

—Comprendo.

—¿A quién han asesinado? —preguntó uno de los hombres que estaba detrás de Meyer.

—A Marvin Canfield, funcionario de la Secretaría de Estado.

—Sentimos mucho la muerte de míster Canfield, pero no llegamos a comprender por qué razón está Vd., aquí —dijo Meyer.

—Creo que míster Canfield habló con Vd., esta misma mañana, desde el aeropuerto de Dallas —contestó Iram.

—Está Vd., en un error, míster Kreis —dijo Meyer con gran

firmeza.

—¿Por qué tenía que llamar míster Canfield a nuestro amigo Meyer? —preguntó uno de los hombres del «Consortio».

—La Secretaría de Estado está interesada en que la «United Oil» no adquiera los pozos del «Consortio» —contestó Iram.

El agente especial sabía que se estaba metiendo en un terreno que no le correspondía y que, en cualquier momento podía ser peligroso y resbaladizo para él.

Pero Iram trataba de retrasar la venta... si ésta aún no se había efectuado.

—Tengo entendido que estamos en un país libre, donde los hombres tienen muchos derechos, entre ellos, el de poder disponer libremente de sus asuntos —dijo Meyer.

—Así es.

—En este caso, la Secretaría de Estado no puede impedir que la «United» adquiera nuestro campo petrolífero —dijo Meyer, que sabía que pisaba un terreno seguro.

—Es cierto —admitió Iram—... pero existen razones muy importantes para que la venta no se efectúe.

El agente del F.B.I., no dijo nada más, porque no quería que Meyer y los otros se enterasen de que otro funcionario de la Secretaría de Estado, podía trasladarse a Dallas para ocupar el sitio del asesinado Canfield.

—Si no desea nada más, míster Kreis, le agradeceré que nos deje solos, tenemos mucho trabajo —dijo Meyer con suavidad, como si quisiera restar dureza a sus palabras.

—Sí... lo comprendo. Gracias por haberme recibido.

Iram inclinó la cabeza a modo de despedida y abandonó el salón privado del hotel.

Una vez en la calle, el agente especial sintió deseos de maldecir, porque no había logrado ningún resultado positivo.

—Me han echado —del despacho de Hollister y del salón del «Ciro's»... y no he logrado saber nada, aunque me parece que la venta no se ha efectuado aún— pensó mientras se dirigía hacia el «Victory» para reunirse con Sharon.

Ésta lo recibió con una amplia sonrisa en los labios, pero Iram observó que los grandes ojos de Sharon estaban enrojecidos.

—Has llorado —dijo al entrar en la habitación de ella.

—Apreciaba a míster Canfield.

—Lo comprendo.

—¿Has descubierto algo?

—Nada importante. Canfield llamó a Hollister y concertó una entrevista con él, para mañana por la mañana...

—No habrá cita —murmuró Sharon.

—Cordell Meyer dice que no recibió ninguna llamada... y creo que la «United» aún no ha adquirido el campo petrolífero.

—Supongo que el hombre que debe ocupar el sitio de míster Canfield, tardará un par de días en llegar... y será demasiado tarde.

—¿Por qué tardará tanto?

—Porque no hay funcionarios disponibles y este asunto de la «United» lo llevaba personalmente míster Canfield.

—Hollister se dará prisa en cerrar la operación —comentó Iram encendiendo un cigarrillo.

—Es lo que temo. He estado pensando en la forma de retrasar la compra, pero debo confesarte que no he encontrado solución.

—No la hay... al menos legalmente —admitió Iram.

—Quizá se nos ocurra algo.

—A mí no —confesó Iram.

—Voy a terminar de arreglarme...

—Y yo llamaré al inspector, porque se me acaba de ocurrir una idea.

—¿Puedo conocerla?

—Sí... espera y lo sabrás —contestó el agente especial mientras descolgaba el aparato telefónico.

Poco después hablaba con el inspector Kingman, al que relató lo ocurrido con Hollister y con los hombres del «Consorcio».

—Inspector... —dijo Iram al terminar su explicación—... Quisiera saber si Rim Scoot está en el edificio.

—Sí. ¿Qué quieres de él?

—Quiero que invite a cenar a una mujer —contestó Iram.

—Espera...

—¿Qué te propones? —preguntó Sharon.

—Rim es un tipo agradable, fuerte, atractivo y que tiene un enorme éxito entre las mujeres. Quiero que haga hablar a una de ellas... y no le será difícil, si es que logra hacerse pasar por un potentado.

Rim Scoot no tardó mucho en decir.

—Hola, Iram. ¿Qué es lo que deseas de mí?

—Escucha, Rim. En el edificio de la «United», en el sexto piso, hay una mujer que es una verdadera carga de dinamita...

—¿Con la mecha encendida?

—Casi... se llama Jewel Spencer y es la secretaria de Len Hollister. Quiero que la invites a cenar y que la hagas hablar.

—¿Sobre qué asunto?

—El inspector te lo explicará... pero debo decirte que Jewel solamente se interesa por los hombres que tengan dinero; mucho dinero.

—Acabo de adquirir uno de los mejores yates que hay en el puerto de Galveston.

—Díselo a Jewel...

—No te preocupes, le diré muchas más cosas.

—Cuando hayas logrado algo, puedes llamarme al comedor del «Victory».

—Bien.

—El inspector te explicará la situación, pero tú debes enterarte de si la «United» ha adquirido los pozos del «Consortio»... y si la operación aún no se ha efectuado, debes enterarte de cuando tendrá lugar.

—Me enteraré de todo —aseguró Rim.

Iram colgó el aparato telefónico y mirando a Sharon, dijo.

—Lo siento, pero no podré llevarte a ningún sitio.

—Otra noche lo harás... y ahora debes perdonarme, aún no estoy lista.

—Tenemos tiempo.

Mientras Sharon terminaba de arreglarse, Iram se dedicó a examinar la situación una vez más.

—No está nada clara... es muy posible que Marvin Canfield fuese asesinado por alguien de la «United»... o del «Consortio»... pero no hay ninguna prueba.

—¿Hablas solo? —preguntó Sharon desde el cuarto de baño, cuya puerta no estaba cerrada.

—Sí.

—Pronto podrás hablar conmigo.

Cuando Sharon salió del cuarto de baño, de sus ojos habían

desaparecido todas las señales de llanto.

—Vamos, tengo hambre —dijo ella.

—Y yo... hoy me he quedado sin comer.

Un camarero se acercó a la mesa ocupada por Iram y Sharon, llevando un aparato telefónico en la mano.

—Una llamada para Vd., míster Kreis —dijo el camarero, conectando el teléfono.

—Gracias —contestó Iram.

El camarero se alejó y el agente especial colocó el auricular en su oreja diciendo.

—Habla, Rim.

—¿Cómo diablos sabías que era yo?

—Porque sólo tú sabías que yo estaba en el comedor del hotel.

—También lo sabía el inspector.

—¿Qué has logrado saber? —preguntó Iram.

—Jewel es puro fuego... y quema.

—De Jewel solo me interesa lo que te haya podido explicar. El resto, es para ti... si eres capaz de terminártelo.

—Bien, en este caso te diré que la «United» aún no ha cerrado el trato, pero que mañana por la mañana todo habrá terminado.

—Mañana por la mañana... —repitió Iram, para que Sharon pudiese saber de qué se trataba.

—Es una operación de gran importancia, Iram...

—Lo supongo.

—Pero ignoras algo muy importante y que los de la «United» quieren mantener en secreto, igual que los cinco hombres del «Consorcio».

—¿De qué se trata, Rim?

—El «Consorcio» recibirá treinta millones de dólares...

—No es mucho dinero.

—En metálico, mañana por la mañana...

—¡Están locos! —exclamó Iram.

—También se efectuará una transferencia bancaria, por valor de doscientos millones.

—¿Algo más?

—Se creará una nueva compañía petrolífera y los hombres del «Consorcio» recibirán determinado número de acciones, aunque ninguno de ellos podrá formar parte del consejo de administración

de la nueva compañía.

—Gracias Rim has hecho un buen trabajo —dijo Iram.

—Ha sido un placer... y puedes creer que te digo la verdad —aseguró Rim.

—No lo dudo —dijo Iram, recordando las provocativas curvas de la «desinteresada» Jewel.

—Te veré mañana en el despacho del inspector. —Te deseo suerte.

Rim dejó escapar una alegre carcajada y cortó la comunicación.

—La operación se cerrará mañana. ¿Verdad? —preguntó Sharon, cuando el camarero se llevó el aparato telefónico.

—Sí.

—Y no se podrá evitar.

—No... en realidad, no existe ninguna fuerza legal que pueda impedirlo.

—Solamente el sentido común —comentó Sharon.

—Cuando se trata de millones de dólares, no se puede pedir sentido común a nadie —sentenció Iram.

—Pasado mañana todos los periódicos del mundo nos llamarán mil cosas... y ninguna agradable. Todos los americanos seremos juzgados por culpa de la ambición de la «United Oil».

—Siempre ocurre lo mismo... pero ahora debemos pensar en nosotros...

Iram se inclinó hacia delante y cogiendo la mano de Sharon le dedicó una sonrisa.

Al día siguiente, las cosas no habían sufrido ningún cambio.

Sharon, a petición de Iram estaba en el despacho del inspector examinando los archivos fotográficos.

—Tan sólo permanecí un par de minutos en el «Benares»... vi cómo míster Canfield entregaba su cartera de mano, pero no me detuve a examinar a los hombres y mujeres que había en el vestíbulo...

—El inspector y yo esperamos que encuentres una cara conocida en estas fotografías, es muy posible que tú, sin darte cuenta, vieses un rostro que al volver a ver en las fotos, recuerdes con toda claridad... debo decirte que no sería la primera vez que ocurriese —contestó Iram.

—Sí... sé lo que quieres decir —dijo Sharon.

—Voy a dejarte aquí, quiero observar los movimientos de los cinco hombres del «Consortio».

—No te preocupes.

—El inspector está en otro de los despachos y tienes una secretaria a pocos pasos. Si necesitas algo, sólo tienes que llamarla —dijo Iram.

—Gracias.

—Te veré a la hora de comer.

Iram iba a salir del despacho del inspector, cuando Sharon lo retuvo por un brazo y después lo besó suavemente en los labios, diciendo a continuación.

—Creo que me estás engañando.

—¿Por qué? —preguntó Iram asombrado.

—Porque tú sabes que no voy a reconocer a nadie en las fotografías, pero así me tienes aquí, a salvo de un posible intento de acabar conmigo.

—No... la verdad es que no se me había ocurrido, pero debo admitir que si hubiese pensado en ello, lo habría llevado a la práctica.

El agente especial besó a Sharon, pero su beso fue mucho más largo y cálido que el de ella.

Poco después, Iram y el inspector cambiaban impresiones en otro de los despachos del edificio.

—He reunido todos los datos posibles sobre los cinco hombres del «Consortio». Dos de ellos son súbditos de los Estados Unidos —dijo el inspector.

—Cordell Meyer es uno de ellos...

—El otro se llama James Tyler. Meyer es el presidente del consejo de administración del «Consortio» y Tyler es uno de los hombres más importantes dentro del consejo...

—¿Y los otros tres?

—Sus nombres son Antonio Salinas, Pedro Hidalgo y Enrique Mendoza. Salinas es un hombre de gran prestigio en su país y forma parte del gobierno... y es un político con grandes ambiciones —contestó Kingman.

—Por lo tanto, es lógico pensar que la venta del campo petrolífero puede tener dos razones; una de tipo económico y otra política.

—Sí... creo que los que tienen interés en el dinero, son Meyer y Tyler, pero los otros tres esperan que se produzca una revuelta, cuando en su país sepan que los pozos han sido vendidos a los yanquis —dijo el inspector.

—¿Tiene Vd., más datos?

—Los cinco hombres llegaron a Dallas en birreactor privado, propiedad del «Consorcio»... y estoy esperando respuesta de Washington. He pedido informes de Meyer y Tyler.

—Bien... iré a ver lo que ocurre en el edificio de la «United».

—No podrás hacer nada, Iram, Hollister sabe lo que debe hacer. Legalmente no podemos intervenir... a no ser que pudiésemos probar que Marvin fue asesinado por orden de la «United Oil».

—Lo que es imposible... por ahora.

Iram abandonó el edificio y penetró en su automóvil que llevó hasta las proximidades del edificio central de la «United Oil Corporation».

Desde el lugar donde estaba, el agente especial podía ver la puerta del impresionante edificio.

El tiempo fue pasando lentamente, pero a las once y cincuenta minutos, un potente «Ford» de color negro y conducido por un hombre uniformado, se detuvo delante de la puerta principal del edificio.

... Y cinco hombres llevando cada uno de ellos una cartera de mano de grandes dimensiones, aparecieron en el vestíbulo.

Además de aquellos cinco hombres, a los que Iram reconoció como los miembros del «Consorcio», había otros entre los que estaba Len Hollister.

—Treinta millones de dólares... Y ninguna protección de la policía... todos deben estar locos —murmuró el agente especial, mientras los hombres de la «United» y los del «Consorcio» se estrechaban las manos y cambiaban sonrisas.

Por último, Meyer, Tyler y los otros tres entraron en el coche y éste se puso en marcha.

—¿Qué ocurrirá ahora? —se preguntó Iram, siguiendo al «Ford». La respuesta la iba a tener muy pronto.

Los hombres del «Consorcio» regresaron al «Ciro's» y el agente especial no entró en el hotel.

Regresó al edificio del F.B.I., para informar, al inspector y para

recoger a Sharon.

CAPÍTULO VII

LLEFTY Anderson esperaba una llamada telefónica.

Desde su llegada a Dallas, el piloto del birreactor del «Consorcio Petrolífero del Noreste», se hallaba alojado en una casa de huéspedes, en el extremo norte de la ciudad.

Anderson no había querido alojarse en uno de los hoteles de Dallas, porque no deseaba ser visto por nadie.

Por otra parte, en la casa de huéspedes tenía plena libertad de movimientos y nadie controlaba sus entradas y salidas.

Había alquilado una habitación en la parte posterior de la vivienda e incluso disponía de un pequeño jardín.

La habitación había sido añadida años después de la construcción del edificio y la dueña de la vivienda, explicó a Anderson que había sido levantada por un hijo de ella que quiso dedicarse a la fotografía.

Pero el hombre nunca llegó a ocuparla, porque un automóvil puso fin a sus aficiones fotográficas... y a su vida.

La habitación disponía de un pequeño cuarto de baño y de un teléfono.

Anderson podía entrar y salir a través del jardín, sin necesidad de pasar por la vivienda de la viuda.

Pero desde su llegada a Dallas, Anderson solamente había salido en dos ocasiones, a pesar de que en la ciudad tenía una buena amiga.

Se limitó a llamarla por teléfono y a decirle que cuando tuviese unos minutos libres, la llamaría nuevamente.

La mujer, llamada Carol no hizo ningún comentario, porque sabía que con Anderson, lo mejor era callar y obedecer.

Anderson sabía que Les Lang estaba en un hotel de poca

categoría, situado a unas quinientas yardas de la habitación que él ocupaba.

Lang se había negado a alojarse en compañía de Anderson y éste no había insistido, porque cuando llegase el momento de cerrar la operación de una forma definitiva, no quería que Lang supiese demasiadas cosas.

A las doce y cuarenta minutos, Anderson recibió la llamada que esperaba.

—Todo listo, Anderson. Ha llegado el momento de la gran fiesta —dijo el hombre que efectuaba la llamada telefónica.

—¿Qué hago con Lang?

—Déjalo por ahora. ¿Lo necesitas para pilotar el aparato?

—No.

—En este caso, siempre tenemos tiempo para mandarlo a emprender otro vuelo.

—Podría acabar con él ahora mismo.

—No... no es necesario. Es mejor tenerlo en reserva, para cubrir los imprevistos.

—Bien... voy hacia el «Ciro's».

—Piso octavo... «suite» número 566.

—De acuerdo.

Anderson colgó el auricular y a pesar del calor, se frotó enérgicamente las manos.

—Excelente... mi buen amigo tiene ya los treinta millones de dólares —murmuró.

Dejó de frotarse las manos de satisfacción y abrió la maleta que tenía en un rincón de la habitación.

De un doble fondo sacó una pesada pistola automática con gran calibre.

Era una «*Parabellum*» de cañón largo, provista de un cargador especial que contenía diez y seis cápsulas del 9 especial.

Un arma peligrosa, con mayor fuerza de penetración que las pistolas «Colt» del calibre 45, usadas por el ejército de los Estados Unidos.

Anderson acopló un silenciador al cañón de la «*Parabellum*» y del interior de la maleta sacó otros dos cargadores especiales.

—No serán necesarios, pero a veces hay tipos que tienen el pellejo muy duro —murmuró.

Guardó la pistola en una funda sobaquera y se puso una amplia chaqueta, que disimulase el bulto que hacía la «*Parabellum*».

Introdujo los dos cargadores en el bolsillo del pantalón y abandonó la habitación.

Cruzó el pequeño jardín y caminó por la acera, silbando una de las canciones de moda.

Después de recorrer unas trescientas yardas, se detuvo al lado de una furgoneta «Ford», que permanecía aparcada en un estrecho callejón.

Anderson abrió la portezuela y se acomodó en el asiento.

Las llaves estaban ocultas dentro de uno de los ceniceros y Anderson sonrió al encontrarlas.

Todo había sido calculado a la perfección.

Puso la furgoneta en marcha y rodando sin prisas se dirigió hacia el «Ciro's».

Anderson demostró conocer perfectamente Dallas y también la distribución del «Ciro's», porque condujo la furgoneta hasta la puerta de proveedores.

Detuvo el vehículo y después de guardarse las llaves, descendió de la furgoneta, aunque no cerró la portezuela.

Andando con gran seguridad penetró en el hotel y siguiendo un estrecho corredor, sin tropezar con nadie y sin prisas, llegó hasta uno de los ascensores destinados a los empleados del hotel.

Pulsó el botón del octavo piso y poco después se encontraba en él.

Con toda calma dejó la puerta del ascensor abierta y después buscó la «*suite*» número 566.

Cuando la encontró llamó con los nudillos y casi en el acto le abrieron la puerta.

—Pasa, Anderson.

—Hola, Meyer —saludó el piloto.

Cuando entró en la «*suite*», Anderson vio cuatro rostros sonrientes... y cinco carteras de mano colocadas sobre una mesa.

—Treinta millones de dólares... y una transferencia bancaria por valor de doscientos —dijo alegremente Meyer.

—¿Se podrán cobrar? —preguntó Anderson.

—No... se podría hacer, pero correríamos un riesgo enorme —contestó Meyer.

—Bien... creo que treinta millones es una gran cantidad de dinero —comentó Anderson.

Se dirigió hacia una de las ventanas, mientras su mano derecha se introducía en el interior de la chaqueta.

Quedó de espaldas a los cinco hombres... y bruscamente giró sobre sus pies, mientras la «*Parabellum*» aparecía en su mano.

... Y apretó el gatillo sonriendo satisfecho.

Sharon cerró el último álbum de fotografías, diciendo.

—No he encontrado ningún rostro conocido... lo siento, Iram, porque creo que tú contabas con mi ayuda.

—Cuento con ella, a pesar de tu fracaso.

El agente del F.B.I. permanecía al lado de Sharon y ésta levantó la cabeza, sonriendo y con los labios entreabiertos, como si esperase la caricia de un beso.

Iram se estaba inclinando sobre los labios de Sharon, cuando el inspector Kingman entró en su despacho y por todo saludo, se limitó a decir.

—¡Hay cuatro cadáveres en el «Ciro's»!

—¡Eh! —exclamó Iram, temiendo haber oído mal.

—Cuatro hombres muertos a balazos... en la «*suíte*» número 566.

—¡Los hombres del «Consortio»! —exclamó Sharon poniéndose en pie.

—Era de esperar algo parecido. Solamente a un grupo de locos se le puede ocurrir encerrarse en una «*suíte*» con treinta millones de dólares en efectivo —dijo Iram.

—El director-gerente del «Ciro's» ha avisado a la policía, pero ésta, sabiendo que nosotros tenemos interés en todo lo relacionado con el «Consortio», acaba de avisarme.

—Cuatro cadáveres... falta uno —murmuró Iram, pensando en los cinco miembros del consejo de administración del «Consortio».

—El cadáver que te falta, es el asesino —aclaró el inspector.

—Sí... por lo visto, entre los grandes financieros, ocurre lo mismo que en los bajos fondos —comentó el agente especial.

—¿Qué es lo que ocurre en los bajos fondos? —preguntó Sharon llena de interés.

—Que a la hora de repartir el botín, siempre hay sangre... y

gana el más brutal y salvaje —contestó Iram.

—He mandado tres coches con los mejores hombres... debemos reunirnos con ellos en el «Ciro's», porque ninguno tocará nada hasta nuestra llegada —dijo el inspector.

—Bien... estoy listo.

—¿Puedo ir con Vds., inspector? —preguntó Sharon.

—No, muchacha... es mejor que regreses al «Victory», nosotros vamos a estar muy ocupados.

—Podría ayudar y...

—Ahora no, Sharon —interrumpió Iram—... Una mujer como tú sería un verdadero estorbo.

—No eres muy amable.

—Al contrario, lo soy... pero conozco a mis compañeros y sé que no prestarían ninguna atención a los cadáveres, si tú andabas por allí...

—De acuerdo... te esperaré en el «Victory» —dijo Sharon, convencida por las palabras de su amigo.

El inspector empezó a gruñir algo entre dientes y salió de su despacho, seguido de Iram y de Sharon.

—Si no puedes ir en mi busca, te ruego que me llames por teléfono, quiero enterarme de lo que ha pasado —dijo Sharon, mientras se dirigían hacia el ascensor.

—Lo haré.

Los dos hombres del F.B.I se separaron de la hermosa secretaria y ésta se encaminó hacia el hotel «Victory», mientras ellos se dirigían hacia el «Ciro's».

A pesar de los cuatro asesinatos, el vestíbulo del elegante hotel conservaba su aspecto habitual, aunque resultaba evidente que el personal del «Ciro's» estaba muy nervioso.

El muchacho que manejaba el ascensor estaba muy pálido y cuando el inspector lo examinó con gran interés, el pobre empezó a sudar.

—¿Has visto subir a alguien sospechoso al octavo piso, muchacho? —preguntó Kingman.

—No... no señor... no vi a nadie sospechoso...

El muchacho además de sudar empezó a tartamudear.

—Calma, amigo... puedes ayudarnos bastante si recuerdas algo —dijo Iram.

—No vi a nadie... estoy seguro... me refiero a alguien sospechoso...

El ascensor se detuvo en el piso octavo y los dos hombres del F.B.I., se dirigieron hacia la «suite» 566.

Había un agente del F.B.I., en la puerta y él se encargó de abrirla para que el inspector e Iram entrasen en la escena del crimen.

... Y lo primero que vieron los dos hombres fueron los cuatro cadáveres tendidos sobre el brillante suelo del salón.

—Dos de los hombres fueron asesinados por la espalda, pero los otros dos recibieron los balazos de frente —dijo uno de los agentes.

—Hemos recogido hasta doce casquillos vacíos, inspector —añadió otro de los agentes.

—Éste es Tyler... mejor dicho, era James Tyler —dijo Iram, inclinándose sobre uno de los cadáveres.

—¿Quién falta? —preguntó el inspector.

—Meyer —contestó Iram, después de lanzar una mirada a los otros tres cadáveres.

—Y falta el dinero —añadió el inspector.

—Cinco grandes carteras de mano, difíciles de transportar para un hombre solo —dijo Iram.

—Interrogad al personal del hotel —ordenó el inspector a tres de los agentes del F.B.I.

—Hay que ordenar la detención de Meyer... Y vigilar estrechamente el birreactor del «Consortio», lo más lógico es pensar que el asesino intentará la huida —dijo Iram.

El inspector empezó a dar órdenes y los hombres del F.B.I., abandonaron la «suite», en la que solamente quedaron Iram, el inspector y los agentes que buscaban huellas y sacaban fotografías.

—Dentro de cinco minutos, todas las salidas de Dallas quedarán bloqueadas y tanto la policía como los agentes del F.B.I., dispondrán de una clara descripción de Cordell Meyer... aunque me gustaría encontrar alguna fotografía de él —comentó el inspector.

—Es muy posible que tengan una en el archivo central —dijo Iram.

—Sí... sacad las huellas dactilares de los muertos —ordenó Kingman.

—Iré a hablar con Hollister para que me diga en qué forma se cerró la compra de los pozos petrolíferos. No podemos olvidar que

existe una transferencia bancaria por valor de doscientos millones de dólares —dijo Iram.

—Puedes ir en busca de Hollister y después regresa a mi despacho, voy a hablar con Washington y quizás logremos obtener algún dato importante.

Iram salió del «Ciro's» mientras sus compañeros se dedicaban a interrogar a todos los empleados, tratando de descubrir algún rastro de Cordell Meyer.

Iram se dirigió hacia el edificio de la «United Oil Corporation» y eran exactamente las dos y doce minutos cuando el ascensor lo dejó en el sexto piso.

Jewel Spencer abrió sus grandes ojos al ver al agente y cuando éste se inclinó sobre la mesa, dejó escapar un grito de protesta.

—Quiero hablar con Hollister —dijo solamente Iram.

—No... no puede ser... míster Hollister está hablando con míster Dusley Wilkins, el presidente de la «United» y...

Iram se apartó de la mesa y ante el asombro de la explosiva secretaria, abrió la puerta del despacho de Hollister y penetró en él.

Len Hollister y Dusley Wilkins estaban en pie, al lado de la gran mesa del primero y por su aspecto, ambos parecían los seres más satisfechos de la tierra.

Wilkins era un hombre de unos cincuenta años, completamente redondo, calvo y demasiado obeso.

Hollister, al ver aparecer a Iram en el despacho, dejó escapar una maldición que nada tenía de elegante y después exclamó, furioso:

—¡Es Vd., un entrometido, Kreis y voy a presentar una denuncia contra Vd.!

—Es mejor que antes de hacerlo me escuche, algo muy grave ha ocurrido —contestó tranquilamente Iram.

—Calma, Hollister... calma —aconsejó Wilkins—. ¿Quién es Vd.?

—Es Iram Kreis, agente del F.B.I. —contestó Hollister.

—¡Hum!... creo que lo más indicado es escuchar a míster Kreis —dijo Wilkins.

—Bien, hable —ordenó secamente Hollister.

—Hemos encontrado cuatro cadáveres acribillados a balazos en una de las «suites» del «Ciro's» —contestó Iram, ignorando

deliberadamente a Hollister.

—¿Qué relación tiene ese desgraciado descubrimiento con nosotros? —preguntó Wilkins.

—Mucha... porque los cuatro hombres muertos son los del «Consorcio Petrolífero del Noreste» —contestó el agente especial del F.B.I.

—¡Eh! —exclamó Hollister.

—¡No es posible...! —susurró Wilkins, que pareció afectarse mucho más que Hollister.

—Pero sí estuvieron esta mañana aquí... —dijo Hollister.

—Lo sé, pero cometieron un gran error, tanto ellos como Vds. —contestó Iram.

—¿Qué error? —preguntó Wilkins, que se había dejado caer sobre uno de los sillones del despacho.

—Moverse por la ciudad con treinta millones de dólares —contestó Iram.

—¿Cómo lo supo Vd.? —preguntó Hollister.

—El F.B.I., se entera de lo que le interesa... como también sabemos que existe una transferencia de doscientos millones de dólares —dijo Iram.

—Sí... es cierto —admitió Wilkins.

—Ahora se trata de que esa transferencia no tenga lugar, porque sospechamos que Cordel Meyer fue el asesino.

—Meyer... —repitió Wilkins.

—¿Tienen pruebas? —preguntó Hollister.

—Una muy importante. Meyer ha desaparecido y con él, los treinta millones de dólares.

—Hollister... de las órdenes oportunas para que la transferencia no se efectúe —dijo Wilkins.

—Sí, señor.

—Supongo que el asesinato de los cuatro caballeros del «Consorcio» no nos creará problemas... —dijo Wilkins, mientras Hollister hacía una llamada telefónica para detener los trámites de la transferencia.

—No lo sé —contestó Iram.

—Todos los documentos están en orden... y el dinero habrá que pagarlo a otros directivos del «Consorcio»... todo se ha hecho legalmente...

—No lo dudo, pero creo que Vd., ya está informado de la muerte de un alto funcionario de la Secretaría de Estado y...

—No sabía nada —interrumpió Wilkins.

Hollister había colgado el teléfono y dijo:

—La transferencia ha quedado anulada... por el momento.

—¿Qué es lo que dice, míster Kreis? —preguntó Wilkins, endureciendo sus facciones.

—La Secretaría de Estado no deseaba que se efectuase la operación y mandó a uno de sus funcionarios, un tal Marvin Canfield... que fue asesinado a su llegada a Dallas... Creo que Hollister le podrá explicar lo que pasó... gracias, míster Wilkins por su ayuda, debo marcharme.

Iram abandonó el despacho, pensando que Hollister iba a pasar un mal rato dando explicaciones a Wilkins.

CAPÍTULO VIII

IRAM entró en el despacho del inspector y antes de que éste pudiese decir algo, el agente preguntó.

—¿Han localizado a Meyer?

—Sí —contestó el inspector.

—¿Lo han detenido...? ¿Han encontrado el dinero? —preguntó el agente, cerrando la puerta del despacho.

—No hemos detenido a Meyer... ni tampoco hemos encontrado el dinero.

—Es mejor que me cuente lo que está ocurriendo —dijo Iram, tomando asiento en uno de los sillones.

—Sí, es mejor que te sientes, es muy posible que si continuases en pie llegases a caerte.

—¿Por qué?

—Porque las cosas se complican de una forma terrible.

—Hable, por favor... estoy impaciente.

—Tenemos cuatro cadáveres...

—Lo sé.

—Me refiero a otros cuatro cadáveres, Iram.

—¿Me está tomando el pelo, inspector? —preguntó Iram, sacando un cigarrillo.

Lo colocó en sus labios e iba a encenderlo, cuando Kingman siguió diciendo.

—Ayer encontraron cuatro cadáveres dentro de un cobertizo, en un viejo campo de aviación usado durante la guerra para entrenar a los pilotos de los bombarderos.

—¿Dónde está situado el campo?

—En Arizona.

—Supongo que esos cuatro cadáveres tendrán alguna relación

con los acontecimientos de aquí.

—Sí.

El inspector no parecía tener demasiada prisa en explicar lo que sabía.

—¿Tengo que sacarle las palabras una a una? —preguntó el agente.

—No, Iram, pero mientras hablo también pienso.

—Si me explica todo lo que sabe, quizás podamos pensar los dos juntos.

—Bien... ayer encontraron los cadáveres en el cobertizo...

—Ya me lo ha dicho.

—Deja de interrumpirme.

—De acuerdo.

—El jefe de policía de la población de Arenas Altas se encontró con cuatro cadáveres y con la imposibilidad de identificarlos.

—Sí...

—Y como no es ningún tonto, ordenó a sus hombres que tomaran las huellas dactilares a los muertos...

—Y las mandó al archivo central del F.B.I. —interrumpió Iram.

—Sí, lo hizo y él aún no tiene la respuesta, pero yo sí la tengo.

—El jefe de policía de Arenas Altas no debe tener las influencias que Vd., tiene en Washington —comentó burlonamente Iram.

—No ha sido cuestión de influencias, sino de suerte. Hablé con el inspector jefe del archivo y le pedí datos de Meyer y Tyler... y me los ha dado.

—¿Qué ha dicho el inspector del archivo?

—Muchas cosas... entre ellas, que uno de los cuatro cadáveres encontrados en el cobertizo del campo de aviación corresponde a Cordell Meyer...

—¡Diablos! —exclamó Iram.

—Y los otros tres son los de Pedro Hidalgo, Antonio Salinas y Enrique Mendoza. Pudieron ser reconocidos porque los tres tenían fichas en el F.B.I.

—¿Por qué tenían fichas, si no eran ciudadanos de los Estados Unidos?

—Los tres formaron parte de una delegación comercial hace un par de años y solicitaron licencia de armas —explicó el inspector.

—¿Quién será el cuarto hombre? —preguntó Iram, después de

una corta pausa.

—Espero que lo sabremos muy pronto, porque las huellas dactilares y las fotografías de los cadáveres del «Ciro's» están en Washington.

—Y el asesino solamente puede ser James Tyler. Sí...

—Sospecho que la «United» ha perdido treinta millones de dólares, porque los cinco hombres que efectuaron la venta eran impostores... al menos, cuatro de ellos.

—Será un duro golpe para la «United» —comentó el inspector.

—Pero Marvin Canfield, a pesar de haber sido asesinado, ha salido triunfante. A veces, el destino tiene extrañas bromas.

—Muy extrañas.

—Debemos localizar al piloto del birreactor del «Consorcio», sospecho que es cómplice de Tyler.

—Deduzco que ya te has formado una idea muy clara de lo que ha ocurrido —dijo Kíngman.

—Sí.

—Quiero oírla.

—Es muy fácil, inspector. Cinco hombres salieron al aeropuerto «Bernardo Mendoza»... entre ellos, James Tyler. Sus cuatro acompañantes eran los verdaderos miembros del consejo de administración del «Consorcio»...

—Sigue —dijo Kingman, mientras asentía con la cabeza.

—Tyler lo tenía todo perfectamente planeado y ordenó al piloto del birreactor que tomase tierra en el abandonado campo de entrenamiento.

—Espera... llamaré al aeropuerto, para que me digan el nombre del piloto del aparato del «Consorcio» —dijo el inspector.

Mientras Kingman hablaba con la torre de control del aeropuerto de Dallas, Iram encendió un cigarrillo.

—Lefty Anderson... pero en el birreactor iba un copiloto llamado Les Lang. ¿Te recuerda algo ese nombre? —dijo el inspector, después de colgar el auricular.

—No.

—A mí sí... recuerdo que fue condenado a doce años por asalto. Es un tipo con muy malos antecedentes.

—¿Qué se sabe de Anderson?

—Por ahora nada, pero si hay algo, lo sabremos muy pronto.

—¿Están vigilando el birreactor? —preguntó Iram.

—Sí... el asesino no podrá salir de Dallas, ni por aire ni por tierra —aseguró el inspector.

—En este caso, seguiré exponiendo mi idea. —Adelante.

—El birreactor, con los hombres del «Consorcio» tomó tierra en el campo de entrenamiento de Arizona... y allí, Tyler acabó con Meyer, Hidalgo Salinas y Mendoza.

—Estamos de acuerdo.

—En el campo de entrenamiento había otros cuatro hombres, listos para ocupar los lugares de los que iban a ser asesinados... y así ocurrió.

—Tu razonamiento es lógico.

—El birreactor reanudó el vuelo, pero de los cinco pasajeros que habían subido en el aeropuerto «Bernardo Mendoza», solamente uno continuaba con vida.

—James Tyler.

—El mismo... después, con todos los documentos en regla, vendieron los pozos a la «United» y se quedaron con treinta millones en efectivo...

—El mayor botín de toda la historia del delito en los Estados Unidos —comentó el inspector.

—Seguidamente, Tyler se encargó de librarse de sus cuatro cómplices... y sospecho que se librará también de Anderson y de Lang, cuando no tenga necesidad de ellos.

—Y si no los ha asesinado aún, es porque espera escapar por el aire —añadió el inspector.

—Es lo más seguro, aunque creo que dejará pasar algún tiempo antes de intentar la huida.

—Sí, porque Tyler está demostrando que no es ningún estúpido —dijo Kingman.

Poco a poco fueron llegando los informes a la mesa del inspector.

El primero en llegar fue el de balística.

—Los hombres del «Ciro's» fueron asesinados con una pistola «Parabellum» de gran calibre, provista de silenciador —dijo Kingman, después de leer el informe.

—Y Marvin Canfield murió asesinado por los impactos de una «Mauser»... creo que Canfield no fue asesinado por Tyler. Tengo

una sospecha, pero por desgracia, no poseo ni un ligero indicio que me permita hallar una prueba.

Otro de los informes que llegó por medio del teletipo fue la identificación de los cadáveres del «Ciro's».

—Cuatro tipos con una larga lista de antecedentes... parece ser que el que se hizo pasar por Tyler, fue el que se encargó de contratar a los demás, por orden de Tyler, desde luego —dijo el inspector.

—Hay que encontrar a Tyler —contestó Iram.

—Sí, pero no será fácil, ya que ha dispuesto de algún tiempo para escapar.

—No mucho, porque los cadáveres de sus cómplices fueron descubiertos antes de lo que él pensó.

El inspector cogió el último informe que era el del forense y después de leerlo, dijo.

—Tienes razón. En realidad, Tyler solamente tuvo diez minutos de tiempo para huir, lo que no le permitió llegar al aeropuerto para escapar en el birreactor, aunque sospecho que lo intentó, pero nuestros hombres llegaron antes...

—Hay que encontrar a Les Lang y a Lefty Anderson, porque Tyler los necesita, si piensa escapar por el aire —dijo Iram.

—La policía de Dallas se encargará de registrar todos los hoteles de la ciudad —contestó el inspector, descolgando el teléfono una vez más.

—Si encontramos a Lang y a Anderson, Tyler no estará muy lejos —aseguró el agente especial.

—Es posible.

—Lo más desesperante, es tener que permanecer aquí, esperando las noticias —dijo Iram.

—Pero no hay otra solución. Tenemos que esperar, porque no podemos hacer otra cosa —contestó Kingman.

El inspector había acertado, al decir que James Tyler solamente había dispuesto de diez minutos para escapar.

Una casualidad había estropeado el bien trazado plan de James Tyler.

Una camarera del «Ciro's» se había olvidado de cambiar unas toallas y cuando entró en la «suite», descubrió los cadáveres y se

produjo la alarma.

Tyler y Anderson, después de acabar con los cuatro individuos, cogieron las carteras de mano que contenían el dinero y salieron del hotel por la puerta de servicio.

Colocaron las carteras dentro de la furgoneta y Anderson se encargó de conducir el vehículo, mientras Tyler se acomodaba a su lado.

—¿Qué vamos a hacer con Les Lang? —preguntó Anderson, mientras ponía en marcha la furgoneta.

—Nada... lo dejaremos esperando. En realidad, no sabe demasiadas cosas y no podemos perder tiempo en ir en su busca para alojarle un par de balazos en la cabeza —contestó Tyler.

—¿Cuánto tardarán en descubrir a los cadáveres? —preguntó Anderson.

—Un par de horas.

... Pero Tyler estaba equivocado.

—Cuando los encuentren, nosotros ya habremos salido de los Estados Unidos.

—Con el dinero... solamente siento no poder cobrar los doscientos millones.

—¿Se podría intentar?

—No... sería como colocar una cuerda de cáñamo alrededor de nuestros cuellos. Pero hemos obtenido el mayor botín de nuestra vida.

A Tyler no le preocupaban los hombres que habían muerto a causa de aquel dinero.

—¿A dónde tenemos que ir?

—A las Bahamas... de momento.

—Lang se volverá loco de furor...

—Hay algo que no comprendo... ¿Quién asesinó al funcionario de la Secretaría de Estado? —preguntó Tyler, mientras la furgoneta rodaba hacia el aeropuerto de Dallas.

—No lo sé.

—Quizás fue una casualidad... pero el tipo que lo hizo, me prestó un valioso servicio.

Anderson frunció el ceño al oír el penetrante ulular de la sirena.

—Policía, Tyler —dijo después de lanzar una mirada al espejo retrovisor.

—No te preocupes.

Dos coches patrullas adelantaron a la furgoneta y Tyler sonrió satisfecho, diciendo a continuación.

—Tienen prisa, pero nosotros estamos tranquilos y a salvo.

—No tardaremos en llegar al aeropuerto y el aparato está listo para emprender el vuelo —contestó Anderson.

—¿Llenaste los tanques?

—A tope.

—Bien.

—Dentro de seis minutos estaremos en el aparato.

La furgoneta rodaba sin prisas para no llamar la atención a nadie.

Con toda calma entró en la zona de aparcamiento del aeropuerto y Tyler dijo.

—Debes llevarla hasta lo más cerca posible del aparato.

—Es fácil y...

Anderson se interrumpió, al ver a dos coches de policía cerca del birreactor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tyler.

—¡La policía... al lado del aparato!

—¡Malditos! —exclamó Tyler, comprendiendo que algo había salido mal.

—Policía... y creo que también hay agentes del F.B.I., porque para mí son inconfundibles.

—Vamos —ordenó secamente Tyler, que estaba muy pálido.

—¿A dónde?

—Creo que el lugar más seguro para nosotros, es la habitación que tú alquilaste.

—Sí... la dueña no me pidió ninguna documentación... ni el nombre.

—No pierdas tiempo, me pueden reconocer.

—Allí estaremos bien... hasta que las cosas se calmen.

—¿Conoce Lang tu dirección?

—No... le dije que iba a estar con una amiga y la verdad es que pensaba hacerlo...

—Por suerte, no lo hiciste.

—Le dije a Lang que lo llamaría por teléfono.

—De acuerdo, pero no será necesario llamarlo para nada. No

saldremos para nada de tu habitación... le dirás a la dueña de la casa que estás enfermo.

—Con unos dólares nos dejará en paz.

La furgoneta se alejó del aeropuerto y Tyler, después de encender un cigarrillo, murmuró.

—Me gustaría saber lo que ha fallado...

—No lo sé, pero aún tenemos el dinero y muchas posibilidades de escapar —contestó Anderson.

—Sí... supongo que tienes razón.

La furgoneta rodaba hacia el extremo norte de la ciudad, con bastante lentitud y observando Anderson todas las reglas de tráfico, para no tener que dar explicaciones a ningún agente.

Tyler daba señales de nerviosismo, pero Anderson conservaba la sangre fría.

—No podrán mantener los controles en las carreteras mucho tiempo —dijo Anderson.

—Quizás no los hayan puesto y...

—Si vigilan nuestro aparato, lo más lógico es que también vigilen las carreteras —interrumpió Anderson.

Se había visto en muchas situaciones, peligrosas y siempre había logrado escapar con vida, gracias a su sangre fría.

Pero James Tyler era la primera vez que se sentía acosado por la policía.

—Si han encontrado los cadáveres que dejamos en Arizona y los del «Ciro's» también deben saber que soy el único superviviente —dijo.

—¿Tienes ficha policíaca?

—Deben tenerla... tengo un pasaporte y serví en el ejército. Oí decir que el F.B.I., tiene las fichas de todos los hombres que han hecho el servicio militar.

—No te preocupes —interrumpió Anderson, en cuya retorcida mente empezaba a germinar un plan.

—Tendremos que tomar precauciones.

—Sí.

Anderson detuvo la furgoneta cerca del jardín y penetró en su habitación, para asegurarse de que todo estaba en orden.

—Podemos bajar las carteras —dijo al reunirse con Tyler.

—¿No hay peligro? —preguntó éste.

—No, no lo hay.

Poco después, las cinco abultadas carteras de mano estaban en la habitación de Anderson y éste dijo:

—Aquí estaremos seguros.

—Deberías salir para comprar los periódicos de la noche... quizás digan algo.

—No, Tyler. Cuando salga de aquí, tú me acompañarás.

—¿No confías en mí?

—No confío en nadie.

—Como quieras.

—Saldremos a recorrer la ciudad cuando haya anochecido... mejor aún, saldremos alrededor de medianoche.

Tyler asintió con la cabeza, porque estaba demasiado asustado para discutir.

CAPÍTULO IX

ERAN las once de la noche.

En el extremo norte de la ciudad de Dallas, todo permanecía en calma.

Lefty Anderson permanecía sentado en un rincón, observando a James Tyler que daba cortos paseos a lo ancho de la habitación.

La mano derecha de Anderson acariciaba la culata de la pesada «*Parabellum*»... y pensaba en empuñar el arma y alojar un balazo en la cabeza de su cómplice...

Un balazo que iba a valerle treinta millones de dólares.

Anderson sabía que si acababa con Tyler, podría salir de Dallas con toda tranquilidad porque la policía no le buscaba a él... sino a James Tyler.

Por otra parte, Anderson también pensaba que si la policía le buscaba, no podría acusarle de nada.

No había testigos de los asesinatos cometidos en el campo de entrenamiento de Arizona... y tampoco los había de las muertes del «Ciro's».

Existía un testigo: James Tyler.

... Pero Anderson pensaba acabar con él, como también acabaría con Les Lang.

—Tendré que hacerlo —murmuró.

—¿Qué dices? —preguntó Tyler sin dejar de pasear.

—Que te sientes, porque acabarás destrozado —contestó Anderson.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Tyler, tomando asiento en la cama de Anderson.

—Esperar... solamente podemos esperar.

—Todo estaba calculado perfectamente... me gustaría saber por

qué la policía vigilaba el birreactor...

—Algo debió fallar, pero ahora ya es tarde para lamentarlo.

—Lo tenía planeado a la perfección... nada podía fallar.

A Tyler parecía dolerle más el hecho de haber cometido un error, que la posibilidad de ser capturado.

... Y Anderson, cansado de las quejas de su cómplice, pensaba en el momento indicado para acabar con él.

—No creo que hayan encontrado los cadáveres de Meyer y los otros en el cobertizo del campo de entrenamiento... aquél es un lugar solitario... desértico.

Anderson hizo una mueca de disgusto y después interrumpió a Tyler, diciendo.

—Sea lo que sea, lo cierto es que tu hermoso plan se ha largado al infierno.

—Tienes razón... pero tenemos treinta millones de dólares —contestó Tyler.

—Que no podemos gastar, al menos en esta ciudad.

—Saldremos de ella... déjame un poco de tiempo para pensar y encontraré una solución.

Anderson se limitó a sonreír... pensando que él ya tenía la solución.

Acabar con Tyler y salir tranquilamente de Dallas.

—Necesito un trago —dijo Tyler volviendo a ponerse en pie.

—Bien, creo que también yo beberé un poco —contestó Anderson imitando a su cómplice.

Se dirigió hacia un pequeño armario y de su interior sacó una botella de «*whisky*» y un par de vasos.

—No me gusta beber cuando tengo problemas, pero un poco de licor no nos hará daño —dijo el piloto.

—Tengo la garganta reseca —comentó Tyler.

—Hemos tenido un día muy agitado —dijo Anderson entregando uno de los vasos a su cómplice.

Le sirvió dos dedos de «*whisky*» y después hizo lo mismo con su vaso.

Pero ninguno de los dos llegó a beber ni una sola gota de licor.

La puerta del jardín se abrió bruscamente y un hombre armado con una pistola automática penetró en la habitación y encañonó a los dos hombres.

—¡Lang! —exclamó Tyler asombrado.

—¿Qué diablos haces tú aquí? —preguntó Anderson, que conservaba la calma.

Tenía el vaso en la mano izquierda, a la altura de los labios y no lo bajó al aparecer Les Lang.

—Se trata de una visita de cumplido —contestó Lang, que había dejado la puerta abierta, como si tuviese el propósito de marcharse rápidamente.

—No se hacen visitas con una pistola en la mano —dijo Anderson.

—Te daremos tu parte... —añadió Tyler, cuya palidez se había hecho cadavérica.

—Lo suponía, pero al ver que nadie me llamaba y que el tiempo transcurría sin tener noticias vuestras, pensé que había llegado el momento de interesarme por vuestra salud.

Anderson frunció el ceño, porque el tono empleado por Les Lang resultaba demasiado burlón.

—¿Cómo has logrado encontrarme? —preguntó Anderson.

Lang continuaba empuñando la pistola y la puerta seguía abierta.

... Y el cañón de la automática no se apartaba del cuerpo de Anderson.

—Tengo amigos... muy buenos amigos, mejor dicho, solamente tengo un amigo. Él me dijo dónde podía encontrarte... y también me dijo que las cosas iban mal.

Anderson comprendió que Lang sabía toda la verdad... y que estaba en aquella habitación con un propósito definido: matar.

—Hemos tenido dificultades... Las cosas no han salido como yo había planeado... —dijo Tyler.

—Lo sé... en primer lugar, la policía vigila el birreactor y el F.B.I., está buscando por toda la ciudad. Puedo decirte también que todas las carreteras están bloqueadas y que ni una rata puede salir de Dallas.

—¿Cómo estás tan bien informado? —preguntó Anderson, que continuaba sosteniendo el vaso en su mano izquierda.

Dio un paso hacia adelante, pero el cañón de la pistola apuntó a su frente y la seca voz de Lang ordenó.

—¡Quieto!

—¿Qué diablos te ocurre? ¿Te has vuelto loco? —preguntó Anderson, que se había movido con el propósito de poder mantener oculta la mano derecha.

Tenía que desenfundar la «*Parabellum*», porque Lang no tardaría mucho en disparar.

—No estoy loco, pero sé que ibais a dejarme... y no pensabais darme ni un centavo... Mi buen amigo me ha dicho que la policía os cerró la huida...

—¡Tonterías, Lang! —exclamó Anderson, ladeándose de forma que el cuerpo de Tyler ocultó su brazo derecho.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó Lang.

—Allí —contestó Anderson.

Pero Lang no miró hacia el lugar que le señalaba su cómplice.

—Voy a terminar con vosotros —dijo con gran lentitud.

—¿Por qué? —preguntó Anderson, que sólo quería ganar un poco de tiempo.

—Porque me contrataron para este trabajo. Desde el principio del asunto tenía la orden de acabar contigo y con Tyler... no creas que me puse en contacto contigo por casualidad... todo fue planeado por mi amigo.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó Anderson, cuya mano estaba muy cerca de la culata de la «*Parabellum*».

—El que acabó con el tipo de la Secretaría de Estado —contestó solamente Lang.

Tyler permanecía callado, como si el terror hubiese agarrotado sus cuerdas vocales.

Todo su plan había sido un fracaso, porque desde el principio del mismo, todo había salido mal.

Les Lang estaba allí porque otro hombre había planeado las cosas mejor que Tyler.

Y el cómplice de Lang iba a quedarse con el botín...

Bruscamente, Tyler emitió un gruñido y extendió los brazos hacia Lang, como si quisiera aprisionar el cuello de éste con sus manos.

Pero Lang, sin ningún titubeo, apretó el gatillo de la pistola y le alojó un proyectil entre los ojos.

La fuerza del impacto lanzó a Tyler a varias yardas de distancia; tropezó con una mesa y se desplomó sin vida.

Anderson había logrado desenfundar la «*Parabellum*», pero antes de que pudiese apretar el gatillo, Lang hizo fuego por segunda vez.

Anderson cayó sobre sus rodillas, Lang hizo fuego por segunda vez.

Anderson cayó sobre sus rodillas, con el proyectil alojado en su pecho.

Estaba herido de muerte, pero a pesar de ello, logró apretar el gatillo de la «*Parabellum*».

La bala alcanzó a Lang en el vientre causando; grandes destrozos, porque la «*Parabellum*» era de gran potencia.

Anderson cayó de bruces y quedó inmóvil, porque terminaba de morir.

Lang se apoyó en la pared y dejando caer la pistola, se llevó ambas manos al vientre. Se fue deslizándose por la pared hasta quedar sentado en el suelo.

—Perros... —musitó mientras trataba de contener la sangre que brotaba de la herida.

Sus ojos descubrieron las cinco carteras de mano, pero el intenso dolor que sentía en el vientre le impidió pensar en el dinero.

En aquellos momentos, Les Lang solamente pensaba en salvar su vida.

—Necesito ayuda... un médico —murmuró tratando de ponerse en pie.

Pero le fallaron las fuerzas y se desplomó sobre el costado izquierdo.

... Y su rostro quedó muy cerca de los zapatos de Lefty Anderson.

Ladeó la cabeza y descubrió la oscura silueta de un hombre, que se recortaba claramente sobre el fondo del jardín.

—Hola, Lang —dijo aquel hombre.

—¿Quién eres? —preguntó el herido.

—Nadie ha intentado llegar hasta el birreactor del «Consortio» —dijo el inspector, después de recibir una llamada telefónica.

—Es lógico.

—Tampoco han tratado de salir por carretera.

—Deben estar ocultos en algún lugar... y será difícil localizarlos.

—Los encontraremos —aseguró el inspector.

—Sí.

Se produjo otra llamada telefónica y el inspector descolgó el auricular.

Mientras escuchaba, hizo chasquear los dedos para llamar la atención de Iram, que continuaba al lado de la ventana.

El agente se acercó a la mesa y observó como el inspector anotaba la dirección.

—Han encontrado a Lang —dijo Kingman, cuando cortó la comunicación.

—¿Dónde está?

—En un hotel del extremo norte de la ciudad... «Hotel Lansing»...

—¿Lo han detenido?

—No, solamente lo están vigilando.

—Iré hacia allí ahora mismo.

—De acuerdo.

—Es muy posible que Lang nos lleve hasta Anderson y Tyler —dijo Iram cuando ya iba a salir.

No oyó la respuesta del inspector porque cerró la puerta y fue en busca de su coche.

Eran exactamente las diez de la noche cuando llegó al extremo norte de la ciudad.

Un agente uniformado permanecía en pie al lado de un coche patrulla y otro se hallaba en la acera opuesta.

Iram se acercó al primero y después de mostrarle su identificación, preguntó:

—¿Está Lang en su habitación?

—Sí... tiene un automóvil aparcado cerca del edificio, pero no lo ha usado para nada. Desde su llegada solamente ha salido en un par de ocasiones y según el empleado, estuvo fuera unos minutos.

—Gracias, amigo... yo me encargaré del asunto a partir de ahora. Han hecho Vds., un buen trabajo.

—Suerte —deseó el policía haciendo una seña a su compañero.

Cuando el coche patrulla se alejó, Iram regresó al interior de su automóvil y decidió esperar.

A las diez y treinta y dos minutos, un hombre salió del hotel y se deslizó a lo largo de la pared, como si no deseara ser visto por

nadie.

Iram lo reconoció en el acto y frunció el ceño, murmurando.

—Mis sospechas se confirman...

Aquel hombre penetró en un automóvil y después de ponerlo en marcha se alejó.

—Tú no me interesas por ahora... pero volveremos a encontrarnos muy pronto —pensó Iram.

Adivinó que Les Lang no tardaría en aparecer... y no se equivocó.

Les Lang salió del hotel a las diez y cuarenta y ocho minutos.

Se detuvo para encender un cigarrillo, lo que demostraba que se sentía seguro.

Después caminó unos pasos y entró en su automóvil. Lo puso en marcha y se alejó.

Iram lo siguió... pero su asombro no tuvo límites al ver que Lang detenía el coche a unas cuatrocientas yardas escasas del hotel.

El agente también detuvo su coche y se dedicó a observar, porque temía que Lang hubiese descubierto su presencia.

Pero no había sido así.

Lang descendió del coche y caminó por la acera, como si fuese un tranquilo ciudadano deseoso de dar un paseo nocturno.

Iram lo observó desde el interior de su vehículo y cuando Lang penetró en un pequeño jardín, el agente del F.B.I., abandonó su vehículo.

Cruzó la calle y siguió a Lang.

Se detuvo al lado de la puerta del jardín y pudo ver una casa de dos plantas... y una puerta abierta en una parte del edificio que parecía haber sido añadida después de la terminación de la casa.

La silueta de Lang se recortaba claramente, porque había luz dentro de la habitación.

—¡Diablos...! ¡Tiene una pistola en la mano! —murmuró Iram.

Con grandes precauciones para no alarmar a Lang, el agente del F.B.I., entró en el jardín y se fue acercando a la abierta puerta de la habitación.

Bruscamente el estampido de un disparo desgarró la calma de la noche.

Después se produjo un segundo disparo y como un eco a éste se oyó el sordo «chop» de otro disparo hecho con un arma provista de

silenciador.

... Y Lang cayó.

Iram siguió avanzando, pero en su mano derecha había aparecido una pistola.

Sin embargo, cuando entró en la habitación, comprendió que no iba a necesitar el arma.

—Hola, Lang —dijo al ver que éste era el único que seguía con vida.

—¿Quién eres? —preguntó el herido.

—Iram Kreis, del F.B.I.

—Necesito un médico... estoy herido...

Iram apartó la pistola de Lang y después se acercó al aparato telefónico.

Llamó al inspector y le relató lo que había ocurrido y después regresó al lado de Lang, diciendo.

—Dentro de unos minutos estará aquí una ambulancia... pero quiero que me digas algo muy importante.

—No diré nada...

—Len Hollister me dijo que te encontraría aquí... él te delató —dijo Iram.

Lang no era un hombre demasiado inteligente, pero además, en aquellos momentos estaba terriblemente asustado, porque sabía que su herida era mortal.

Y cayó en la trampa tendida por Iram.

—Me espera en su casa...

Poco después, Les Lang acusaba a Hollister ante testigos.

Lang no llegó con vida al hospital. Murió dentro de la ambulancia.

Iram, después de entregar las carteras al inspector Kingman, que había acudido a la casa de huéspedes, dijo.

—Hay que detener a Len Hollister.

—Lo haré yo... acompañado de dos agentes —contestó Kingman.

—Creo que...

—Detener a Hollister no ofrecerá problemas —aseguró Kingman — y hay una mujer que te espera. —Sí, inspector.

Iram Kreis se inclinó hacia adelante y acarició suavemente los labios de Sharon.

Ésta sonrió y después dijo.

—Hay muchas cosas que no comprendo. ¿Qué es lo que ocurrió en realidad?

Iram y Sharon se encontraban en la piscina del «Victory», sentados en cómodas butacas de lona y disfrutando del sol de la mañana.

Los acontecimientos de la noche anterior habían quedado atrás y todo había terminado.

—Te lo explicaré. Sharon. Hace algunas semanas, Len Hollister viajó hasta un país de la costa del Pacífico y allí se puso en contacto con Cordell Meyer...

—El verdadero.

—Hollister pensaba quedarse con los treinta millones de dólares que la «United» iba a pagar al «Consorcio».

—Por lo tanto, el viaje de Hollister al sur tenía; dos motivos. Proponer al «Consorcio» la compra del campo petrolífero y contratar a Lang.

—Exactamente... pero Hollister no contaba con James Tyler, cuya situación financiera no era mejor que la de él. Tyler se puso en contacto con cuatro hombres de Dallas...

—Y los cuatro se trasladaron a Arizona.

—Sí. Allí, Anderson asesinó al verdadero Meyer y a los otros tres. Seguidamente, Tyler se hizo pasar por Meyer, mientras uno de los individuos contratados ocupaba su sitio. Por esta razón, un Meyer, un Tyler y un Mendoza, un Salinas y un Hidalgo, llegaron a Dallas.

—Pero ninguno era verdadero... ni el que se hacía llamar Tyler.

—Exacto. Tyler, con el nombre de Meyer, vendió el campo petrolífero y después, Anderson asesinó a los cuatro cómplices...

—Y Lang, por orden de Hollister, acabó con el verdadero Tyler y con Anderson.

—Sí.

—Y fue Hollister quien asesinó a míster Canfield, para evitar que la Secretaría de Estado impidiese la operación financiera.

—Sí.

—Ahora lo comprendo todo, pero debes admitir que la cosa era muy confusa.

—Lo era... pero ha quedado muy clara.

—¿Dónde está Hollister?

—En prisión, en espera de ser juzgado.

—Y como los vendedores eran falsos, la venta del campo petrolífero ha quedado sin efecto.

—Sí... y el gobierno del país del sur, ha tomado sus medidas para que la situación no se repita.

—¿Algo más? —preguntó Sharon.

—Vamos al agua —contestó Iram.

Sharon se levantó y los dos jóvenes se hundieron en el agua fresca y clara de la piscina.

FIN

20 pero seguras de aumentar sus ingresos el próximo año

HENRY KEYSTON

Aprenda cualquiera
de estas profesiones
desde su casa,
en sus horas libres



Conozca el plan
de estudios
AFHA
para 1973-74.

Los mejores Cursos
a su disposición:

- ☐ ELECTRONICA, RADIO, TV
- ☐ ELECTRICIDAD
- ☐ INGLES
- ☐ FRANCES
- ☐ DIBUJO TECNICO
- ☐ DELINEANTE INDUSTRIAL

- ☐ DIBUJO Y PINTURA
- ☐ FOTOGRAFIA
- ☐ CONTABILIDAD
- ☐ ORGANIZACION EMPRESARIAL
- ☐ MARKETING
- ☐ METODOS Y TIEMPOS
- ☐ AUXILIAR ADMINISTRATIVO

- ☐ SECRETARIADO
- ☐ TECNICO EN VENTAS
- ☐ PUBLICIDAD
- ☐ DECORACION
- ☐ DECORACION DEL HOGAR
- ☐ CULTURA GENERAL
- ☐ CORTE Y CONFECCION

Gratis y sin compromiso. deseo recibir amplia información del
Curso que indico así ☒

Nombre _____

Domicilio _____

Población _____ D.P. _____

Provincia _____

ENVIE ESTE CUPON A AFHA/MAESTRO NICOLAU, 9-11, BARCELONA (6)

Concesionarios exclusivos en América: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
2180 S.W. 12 Avenue • MIAMI, FLA. 33129 - USA

12
Ptas.



EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid)

NOTAS

[1] El cargo de Secretario, corresponde al de Ministro. En los. E.E.U.U. no existen ministros, si no que reciben el nombre de secretarios. < <